



*A los pies de
Omphalos*

Henry Raynal



La sonrisa vertical



Este es el relato de un escritor, quien, tras un lento y progresivo proceso de sumisión, pasa a ser el esclavo absoluto de la enigmática criada de su tío, hasta el punto de convertirse prácticamente en su perro fiel, al que ella pasea atado a una cadena. La narración se extiende a la reflexiones que su personaje, Luc, el escritor y víctima complacida, recoge en su bloc de notas, único acto, privado y secreto, de independencia en el que expresa toda la plenitud de su estudio.



Henry Raynal

A los pies de Omphalos

La sonrisa vertical - 6

ePub r1.1

Titivillus 29.09.16

Título original: *Aux pieds*

d'Omphalos

Henry Raynal, 1957

Traducción: Federico Gorbea

Edición conmemorativa 1.º aniversario ePubLibre

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



se

ePubLibre.org

El engranaje

¡Y vosotras, oh
mujeres, habéis
deshilado la seda de
mi vida!

Paul Eluard

No es con reverencias,
con asiduas
atenciones, con
infinitas
complacencias y con
homenajes eternos
como podréis llegar a
compartir el amor
extremo que vuestra
amante siente por su
belleza.

Nino de Lenclos

¡Si, sólo para mí
florezco yo, desierta!
Amo el horror de ser
virgen y quiero
vivir en el pavor que
me dan mis cabellos.

*Stéphane Mallarmé
(Herodías)*

Lo espiritual es en sí
mismo carnal, lo
espiritual se acuesta
en el lecho de lo
temporal.

Charles Péguy

1

El portal de entrada estaba entreabierto. Luc atravesó el patio y llamó. Casi en seguida alguien corrió el cerrojo de la puerta. Apareció Matilde.

—¡Buenos días, Matilde! —dijo Luc con una sonrisa.

—Su tío ha muerto.

—¿Murió mi tío?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace diez días.

—¿Cómo es posible que no me hayan dicho nada?

—Verá usted...

—¿De pronto? ¿O estaba enfermo?

—Súbitamente. Del corazón.

—¿Por qué no me avisó?

—No hice sino cumplir su voluntad.

—¿Se lo había prohibido?

—Un mes antes, me dijo: «Matilde, si muero, abra usted de inmediato este sobre que pongo aquí, en este cajón, recuérdelo bien». Tal fue lo que hice en cuanto el doctor certificó su fallecimiento.

—¿Y qué había en ese sobre?

—Su tío me prohibía expresamente que avisara a quienquiera que fuese, sobre todo a usted.

—Pero ¿por qué razón? Es cierto que nuestras relaciones se habían enfriado bastante desde hace un año, pero de ahí a prohibirme...

Matilde estaba bien erguida, tan distante como de costumbre imperceptiblemente desdeñosa.

—Aparte de vuestra desavenencia, su tío tenía una buena razón para dispensarlo de concurrir a su entierro: lo ha desheredado.

Luc miró a Matilde como si no comprendiera nada; su mirada incrédula, que pedía, a la vez que temía, una confirmación, se detuvo en la mirada de la criada, cuyo rostro permaneció inmutable. Se limitó a repetir:

—Así es, por eso su tío lo eximió de sus funerales.

—¡Esto es inconcebible! —dijo Luc—; ya me resulta muy difícil creer que me haya odiado hasta ese punto, a pesar de la disputa que tuvimos hace un año, ¡pero que haya dejado su fortuna al Estado, a esta sociedad que denigraba tanto, que despreciaba más que ninguna otra cosa, que se le haya ocurrido tomar semejante decisión es imposible! Y sin embargo, ¿a quién más habría podido legar sus bienes? Yo soy su único pariente, y no le conozco ningún amigo, ninguna relación...

—A mí —cortó Matilde.

—¿A usted?

—Sí, a mí. Pero no vaya a creer que sea por afecto, reconocimiento, amistad, o algún otro sentimiento de esa clase. ¡De eso puede estar seguro!

De repente, el tono de la voz de Matilde se había vaciado de la más mínima hostilidad.

—Sólo lo hizo para vengarse de usted, para darle una lección, para tener así la última palabra y castigarlo por no haber querido entrar en el ejército. Lo pensé muy bien durante ocho días, y estoy segura de no equivocarme. Tenía un aire maligno cuando me llamó por ese sobre No le quepa duda de que en aquel momento no pensaba en la agradable sorpresa que iba a darme, sino en

el chasco que usted se llevaría. Soy la beneficiaria de una broma. Sí, eso es, de la broma siniestra y póstuma que le hizo a usted.

Luc no decía nada. Varios sentimientos bullían confusamente en su interior sin que ninguno de ellos lograra mantenerse a flote e imponerse claramente a los otros. Lo que acababa de oír tendría que haber sido un rudo golpe para él, una brutal y despiadada desgracia de la suerte, y la magnitud del desastre hubiera sido suficiente para monopolizar dolorosamente su mente. Pero nada de eso sucedía. Por sorprendente que pueda parecer, otro pensamiento, completamente fuera de lugar, conseguía solapadamente llamar la atención del joven. No sólo no sentía resentimiento alguno hacia su involuntaria expoliadora, lo cual hubiera sido una reacción muy natural, sino que no lograba olvidar que si había vuelto a esa casa era por ella, y, sin transición, empezó a preguntarse en qué quedarían sus relaciones, ahora que la mujer ya no estaba al servicio de su tío, y era libre, pero también ahora que, de manera repentina e imprevisible, ella se había vuelto rica. «Nunca me habló tan largamente», pensaba, sin siquiera reparar en la circunstancia que lo hacía posible. Por el contrario, era demasiado sensible a la inesperada elocuencia que le revelaban las palabras de Matilde, y que no podía menos que aumentar aún más, como si fuera un nuevo mérito, ese capital de apasionada estima que había acumulado a su respecto; demasiado sensible también a la discreta tibieza que templaba la habitual frialdad de Matilde. «¿Frialdad, orgullo? ¡No, nada de eso! Ella no esquivaba en absoluto mis miradas, no tenía necesidad de hacerlo, ya que no la alcanzaban; simplemente me ignoraba. Hoy, por primera vez, me ve, consiente en verme, yo

existo para ella».

Pero una idea atravesó en seguida esa venturosa constatación, como una flecha: «Mi tío está muerto, ya no tengo nada que hacer aquí, nada que ver con esta casa; ya no me queda ningún pretexto para verla; ¿pensará quedarse aquí?».

Matilde, sin saberlo, le sacó la flecha.

—¡Venga! —le dijo al ver que se disponía a marcharse—, tengo que darle la dirección del notario que recibió su última voluntad.

—No tiene importancia —respondió Luc—, creo en su palabra, Matilde.

—Y después subiremos a la biblioteca, donde podrá coger los libros que quiera.

—Volveré otro día —dijo Luc.

Por nada del mundo habría dejado escapar la posibilidad que ella le ofrecía, deseaba sacar el máximo partido de esa última posibilidad que le quedaba, explotarla a fondo; para ello debía recuperar su calma, su lucidez, y preparar lo que haría o diría. Por el momento, se sentía presa de emociones contradictorias y ya no sabía muy bien a qué atenerse.

Pero Matilde insistió:

—¿Por qué? ¿Por qué no ahora? Supongo que nada se lo impide, puesto que venía aquí. Además, cuanto antes será mejor, ya que no tengo intención de permanecer mucho más tiempo aquí, en esta casa; realmente demasiado lúgubre.

—A mí me gustaba esta casa —dijo Luc.

Empezaron a subir la escalera.

—Aquí pasé tres años que nunca olvidaré, y aquí estaría todavía si no me hubiera enemistado con mi tío. Para mí, esta casa es extraordinaria, y no creo exagerar nada al decirlo. Tendría que recorrer todo París antes de encontrar una parecida. En los primeros días que estuve aquí, mi

tío me preguntaba: «¿No tienes miedo de los fantasmas, bribonzuelo, no tiemblas por la noche, cuando estás solo arriba, en tu palomar?». Al contrario, yo tenía la impresión de que esta vieja casona me había adoptado de entrada, y me sentía de la más cómodo.

«Este muchacho no tiene los pies sobre la tierra» pensaba Matilde; «prefiere malquistarse tontamente con su tío antes que renunciar, siquiera por algún tiempo, a sus estudios literarios; contraría como por placer los sentimiento que su pariente experimentaba por el ejército, lo único que se muestra capaz de admirar; en lugar de complacerlo, al menos en apariencia, prefiere irse de la casa; sin embargo, lo visita regularmente, para terminar disputándose con él; sin embargo no deja de venir a verlo, pero sin intentar reconciliarse. Hoy se entera de que su tío ha muerto, de que ha perdido la fortuna que naturalmente le correspondía; a mí —que sólo estoy aquí desde hace un año, que le serví la mesa y a quien su tío no vio más que cinco o seis veces a lo sumo—, a mí se me ha regalado todo esto y, aunque así le arrebato esta fortuna que siempre tuvo a la vista, ¡ya no piensa más en el asunto! ¡Evidentemente debe estar enamorado de mí!».

Matilde lo precedía: «Siempre a lo colegial» observó él, «siempre con ese tipo de delantal amplio y de tirantes cruzados, modesto y coqueto a la vez, propio de una muchachita juiciosa. Desaparece en él como detrás de un biombo. ¡Pero qué adorable amante debe ser esta escolar!».

Luc seguía con su mirada la pierna delgada y perfecta que subía alegremente los peldaños, uno a uno, delante suyo, el busto pleno y esbelto, y esa nuca pálida y altiva que descubrían, como un lugar desnudo tras la cosecha, los cabellos rubios, recorridos por reflejos de fuego, tirantes, muy

cuidadosamente peinados, como finísimos cordajes, hacia arriba.

Llegaron al segundo piso y atravesaron varias habitaciones a oscuras antes de entrar en la biblioteca. Reinaba allí un curioso silencio. La pieza era de grandes dimensiones y el techo alto. Sus ventanas daban al patio interior y se hallaban disimuladas por pesados cortinajes que apenas dejaban pasar algo de la luz, sobre todo en un día nublado como aquel. Los libros ocupaban todo un lado y su impresionante desfile, de estante en estante, se elevaba hasta el cielo raso. Varias mesas, provistas de lámparas de trabajo, estaban sobrecargadas de publicaciones, de revistas, de toda clase de catálogos y, a lo largo de las otras paredes, se largaban las vitrinas bajas sobre las que había figurillas, cajas, cristales, valvas y varios mapamundi de diferentes tamaños, antiguos y medio descoloridos.

—No sólo mi tío nunca hizo nada, sino que además podría decirse que nunca tocó nada de esto. Lo único que continuaba relacionándolo con un mundo al que había dado la espalda eran estas revistas, que recibía por decenas; nunca dejaba de recorrerlas vagamente, de hojearlas y desordenarlas para volver a clasificarlas, y esto incansablemente. Lo mismo que respecto de sus libros: ¡nada de la pasión de un hombre instruido, sino la manía de un coleccionista!

Matilde sacó una llave del bolsillo de su delantal y abrió una de las vitrinas de la biblioteca.

—Tener las obras completas de todos los autores franceses almacenarlos en apretadas filas, todos encuadernados en cuero, eso era lo único que le interesaba. Claro que fue una manía de la que yo me beneficié mucho. ¡Si usted supiera cuánto lamenté no tenerla a mano, qué falta me

hace desde hace dos años esta biblioteca!

—Pero yo en cambio la aproveché mucho —dijo Matilde, para gran sorpresa de Luc—. Substraía la llave y venía casi todas las noches a buscar un libro; por suerte su tío nunca se dio cuenta.

—¿Qué leía?

—Alternaba los libros de historia con las novelas.

La muchacha se allanaba, le hablaba con familiaridad. De pronto le pareció que estaba muy cerca de él. Luc le sonrió. Una sonrisa espontánea le respondió, una sonrisa generosa pero involuntaria, en la que sólo el rostro había participado; la límpida y clara mirada apenas había brillado; permanecía ajena, indescifrable.

—Voy a empezar por los estantes de arriba, son los más interesantes, allí están los autores modernos —precisó Luc mientras apoyaba contra la biblioteca la pequeña escalera de madera lustrada.

—¡Tenga!

Matilde le tendió un trapo de tela verde que había cogido de un armario.

—Limpie los libros antes de bajarlos, pero trate de no hacer volar el polvo.

Acto seguido se sentó en un sillón, casi dándole la espalda, y pareció olvidarlo.

Luc pasaba revista uno por uno a los libros, los cogía, los abría, los hojeaba, volvía a cerrarlos, de tanto en tanto bajaba de la escalera para ponerla un poco más allá, pero su trabajo de selección no daba muestras de avanzar. «¿Qué hacer? El tiempo pasa». No se decidía por nada. A hurtadillas miraba a Matilde, hundida en el sillón, de perfil, inmóvil, cruzadas las piernas. Lo único que se movía en ella era la punta de uno de sus pies, marcando un ritmo impaciente, maquinal, y su

pecho, dulcemente levantado por un oleaje leve y regular. Se la comía con los ojos como si nunca más fuera a verla. «*Distinción, nobleza* no son lo bastante expresivos» se decía, es otra cosa. «*Majestad natural*», sí, una majestad inconsciente que emanaba de toda su persona, eso era. Lo que le había seducido, era ese contraste entre la condición de la muchacha, el papel subalterno que por lo demás desempeñaba con toda precisión, y ese derecho a cierta primacía que le reconocía sin dudar un instante. Ese tranquilo equilibrio entre los dos. Esa mezcla en dosis iguales de modestia e independencia. Todo en su persona, en su cuerpo, convergía hacia la gracia, su rostro no era sino una sonrisa, y sin embargo, nunca, durante un año entero, Luc había visto esa sonrisa a punto de abrirse, ni esa gracia realmente en libertad. En una palabra, esa sonrisa decididamente en suspenso ahí se quedaba y Luc creía vislumbrar un imperceptible matiz de desprecio. Pero Luc se había prometido vencer, aunque sin dejar de admirarla, esa voluntad de aislamiento. «Matilde, yo romperé esa orgullosa cáscara y pondré al desnudo toda la dulzura que leo en ti; te obligaré a dejar libre curso a esa vida recluida que te obstinas en llevar. A mí me toca ser lo suficientemente hábil y paciente para lograrlo. ¡Pero cómo me impone esa dulzura!...». Y el deseo y la deferencia se mezclaban curiosamente en él. Después pensó: «Mi tío sigue imperando aquí, su presencia todavía impregna estos lugares: a Matilde ni siquiera se le ocurrió poner de lado esa insignificante indumentaria de criada al mismo tiempo rústica y anticuada, ese vestido tan austero, con la parte de arriba bien cerrada, desapareciendo casi por completo bajo el largo delantal, cruzado y anudado en la espalda, como un manto puesto sobre la belleza. Y esa especie de

coquetería humillada y somera, reducida a castos rudimentos». El cuerpo de Matilde se hallaba tan salvajemente defendido como su alma. Pero aunque la muchacha los guardara cuidadosa y celosamente para sí, no podía impedir que se manifestara la elegancia de las formas de ese cuerpo, ni que su luminosa tibieza atravesara la opaca librea de servidumbre, la discreción monacal, la oscuridad superpuesta de los tejidos en los que se ocultaba. «Hábil y paciente. ¿Pero acaso estoy loco? Olvido que a lo sumo dentro de una hora me iré de aquí, y esta vez sin ninguna esperanza de retorno, ¡a menos que me muestre capaz de aprovechar la única ocasión que se me ofrece! Ah, poeta, no vale la pena tener la pluma tan fácil cuando la lengua permanece como prisionera. Acaso sea una diosa la que está allí, casi al pie de esta escalera, y por eso la temas tanto; no, idiota, ¡no es nada más que la criada de tu tío! A lo máximo, ocho o nueve años más que tú, nada más. Sería necesario que se ponga a llover a torrentes. ¡Si el diablo existe tiene que sacar un diluvio de este cielo! Ya no creo en ti, Dios mío, y sin embargo, estoy tentada de pedirte que hagas estallar una tormenta».

—¿Piensa llevarse toda la biblioteca? — preguntó Matilde.

Luc no tuvo tiempo de responder.

Un huevo invisible y enorme, había rodado, suspendido, en las nubes. Y bruscamente, sin prevenir, estalló encima de la ciudad, con un ruido espantoso. Como golpeada por una repentina conmoción, su cáscara casi tan vasta como el cielo, acababa de romperse; sus paredes de tonel se habían abierto como las mandíbulas de una grúa gigante; una lluvia amarilla, atravesada por resplandores violetas, caía como tromba, como catarata, picoteando la ciudad.

«Tengo que creer que existes» se dijo Luc.

El trueno que había pedido y que le había sido otorgado, resonó en él como un golpe de címbalo y lo llenó de energía y entusiasmo.

—Matilde, voy a pedirle algo bastante atrevido: ¿tendría inconveniente en que pase una última noche aquí, en la habitación donde siempre dormí cuando venía a esta casa? Con semejante lluvia, no veo muy bien, cómo podría llevarme todos estos libros a casa. Y además, me temo que no podré terminar mi selección esta tarde.

—Como quiera; si se queda, entonces lo dejo, bajo a preparar la cena.

El nauta mudo que, a grandes golpes de espadilla, con grandes golpes furiosos y apagados, había navegado silenciosamente por encima de la ciudad, ahora inmovilizaba bruscamente su barca, y la nube, de la misma brutal manera, dejaba de lado su amenaza. El cielo, sin decir agua va, bajó a hundir su nariz en la ciudad. A la ciudad, impotente, inundada, sólo le quedaba esperar que el cielo, olvidado y desconocido animal, hartado ya de violencia, satisfecho de su intervención, acabara de encarnizarse contra ella y volviera a calmarse.

2

—No sé cómo agradecerle que me haya dejado pasar una noche más bajo este techo. Soy huérfano, nunca tuve familia, aparte del tío y la tía maternos, casi pobres, que se ocuparon de mi educación hasta los dieciséis años, y de mi tío abuelo, el que usted conoció, en cuya casa viví desde mi llegada a París. Jamás tuve lo que puede llamarse un hogar. Pero esta casa, con su indefinible atmósfera, lo fue para mí. Si fuese rico, se la compraría. ¡En cambio usted, que ha heredado un caserón de dos siglos de antigüedad, quiere venderla! ¡Qué sacrilegio!

Mientras lo escuchaba, Matilde lo examinaba con afecto. No le respondió nada, sino que se contentó con sonreírle. Y, por primera vez, sus ojos esparcieron una sonrisa liberada, por fin abandonada a sí misma, confiada y sin restricción alguna, total. Una oleada de felicidad subió por el pecho de Luc.

—¿Qué piensa hacer usted, ahora? —le preguntó, relajado y envalentonado— ahora que es rica; ¡lo único que le falta es casarse!

La sonrisa de Matilde desapareció, bruscamente desecada, volatilizada como el éter, y la claridad húmeda de sus ojos se inmovilizó y endureció como una piedra.

—Si le interesa saberlo, odio a los hombres. Usted no tuvo hogar; yo sí; pero no valía la pena ya que tuve que irme. Mi padre era viudo; no

imagina usted lo que es un carácter autoritario como el que tenía. Jamás en casa ajena fui tan tratada como criada como en la casa de mi propio padre. Tiempo después, se enfermó; y mi hermano mayor, ocho años mayor que yo, heredó la batuta y dirigió la casa con el mismo autoritarismo.

Se detuvo, percibiéndose el esfuerzo que hacía para franquear el obstáculo de su pudor, pero el rencor que la animaba pudo más.

El arco elevado y puro de sus cejas, real como lo calificaba Luc, se alzó y tendió todavía más; sus ojos se agrandaron, su curva perfecta se alargó y consolidó, y dieron la impresión de dos pilas de fuente que se llenaran e irradiaran una luz azulada, igual y fría, firme, de una resplandeciente y despreciativa hermosura.

—Mi hermano me trató aún peor puesto que no dejó de importunarme —en vano— mucho antes de que el primer extraño se fijara en mí. Entonces me marché. Tuve un novio. Mi novio me engañaba, y con un esperpento. Me empleé en cinco o seis casas, ninguna llegó a convenirme, siempre por la misma razón que usted podrá adivinar fácilmente. Solamente aquí me sentí bien y tranquila, al servicio de un anciano tiránico y exigente, sí, pero que al menos tenía la virtud de dejarme en paz. Aunque en verdad —rectificó Matilde, dulcificándose— no pude impedir las impertinentes e insistentes miradas de su sobrino.

—Matilde, ¿por qué no intenta usted una experiencia verdadera, por qué no tiene por una vez confianza? Estoy dispuesto a intentar quererla por todos los que no supieron hacerlo y, si me fuera posible, quererla más para usted que para mí.

Matilde, que finalmente se había sentido presa de una ternura tan respetuosa, tan llena de consideraciones, no dejó sin embargo, traslucir

nada de ello, y cortó en seco la declaración de Luc:

—Si me quiere, como acaba de decírmelo —le respondió riendo—, en seguida va a tener oportunidad de demostrármelo: ¡ayudándome a lavar los platos!

* * *

Matilde se había arremangado las mangas, luego de ponerse un delantal blanco suplementario, sumergía los platos y los vasos en la cubeta, sobre el fregadero, muy cerca de Luc, luego los lavaba y por último los ponía en el escurrerplatos; Luc los tomaba y secaba. Ella no pronunciaba palabra.

«¡Cuánta elocuencia tienen esta soltura y esta belleza mudas! ¡Qué perfecto acuerdo consigo misma, qué íntima armonía revelan! Con eso basta. ¡Y qué reconfortante dulzura levanta ese pecho! Hermoso y valiente animal, envuelto por el alma».

Tanta ternura prisionera, y tan cerca de él, le martirizaba el corazón: cómo no adular esa grupa tan bien formada y reprimirse de coger esos dos frutos, o mejor dicho esos dos capullos cerrados sobre sí mismos, bien duros, intrépidos y extremadamente ingenuos. No pudo resistirse. Tomó a Matilde por la cintura y le plantó los labios en la nuca. Ella se volvió rígidamente y, con el gesto que hizo para separarlo, le salpicó la cara con agua, sus ojos echaban chispas de furor.

—¿Está loco? ¡Le felicito, por lo visto no pierde tiempo! ¡Y después de esto volverá a pedirme que le tenga confianza!

Pero no había perdido el dominio de sí. La cólera, en lugar de alterar su dignidad, la realzaba todavía más. Nunca había estado tan hermosa.

—Escúcheme bien, yo siento afecto por usted,

y no tengo inconveniente en que se quede aquí el tiempo que desee (pues si no comprendí mal, tampoco mañana terminará de seleccionar los libros de la biblioteca); pero si quiere que nos llevemos bien, será con una condición: que se porte juiciosamente.

—Matilde, le confieso que lo que me pide es muy difícil. De todos modos, el culpable de mi conducta es usted, porque, ¡cómo es posible ser tan hermosa y pretender que no se lo digan!

—Pero usted no se contenta con decírmelo.

—¡Oh, es lo mismo! El beso que no me dejó que le diese se lo quería decir.

—Cállese, lengua voluble. Y ponga atención, ya queda prevenido, es mi última palabra. El agua se enfría y tenemos que terminar de lavar esto. Vamos.

* * *

En ese momento caía una lluvia muy fina, que parecía no querer terminar. El cielo seguía regando incansable y metódicamente la ciudad. El trozo de calle que Luc tenía bajo los ojos estaba desierto. En la acera de enfrente, dos faroles velaban como dos centinelas abandonados, como dos pensamientos inconscientes. En silencio, sus globos dejaban escapar un líquido amarillo en el acuario ensombrecido, rayado de lluvia, de la calle. La lluvia, que el viento impulsaba oblicuamente, daba la impresión de derivar y, en el cono proyectado por los faroles, se libraba un combate incierto entre ella y la luz.

En esa agua rubia, vaporizada, devuelta por los cristales del farol que iba a derramarse y a desplegarse sobre el regaliz brillante del asfalto, en esa oleada de luz humana, el follaje entero de un árbol, inmóvil, solitario, en el ángulo de la

calle, su maraña verde, su bosque de hojas iluminado desde abajo, se empapaba, respiraba.

El jadeo de la ciudad había disminuido, como fundido en el silencio húmedo de ese cielo del que Luc, alzando los ojos, divisaba un brazo brumoso, malva, refrenado por las fachadas. Apenas un rumor, una respiración dispersa. Y ese calmo movimiento de aletas, sin desplazamiento, de las hojas de un plátano en la onda luminosa que derrumba lentamente la urna eléctrica del farol.

Luc cerró la ventana. Se recostó; pero no tenía ninguna razón para dormir. Sentía que la casa entera era una presencia a su alrededor. Se hallaba apretada entre dos casas más altas. Al otro lado de la acera arbolada, la calle, o mejor dicho la avenida y, al frente, otra calle, muy ancha, que desembocaba allí. Pero la animación del centro de la ciudad, que llegaba hasta ese lugar como un flujo, se detenía, sin atravesarlas, ante las altas rejas que el tío, para mayor precaución, había hecho tapiar con placas metálicas.

La casa estaba retranqueada respecto a las que la encuadraban y entre los peldaños de la escalinata y la reja de entrada, había un pequeño patio. En la parte de atrás, otro patio pequeño similar, sin salida, presidido por dos árboles, se hallaba enclaustrado entre los muros ciegos de construcciones más recientes. Hasta tal punto que ninguna mirada ajena podía introducirse en la casa.

El tío la había heredado, allí había pasado su vida encerrado solitario obtuso y misántropo, y no la habría abandonado por nada del mundo. Durante unos años, se reservó el segundo piso y alquiló por separado la planta baja y el primero; pero hizo la vida imposible a sus inquilinos. Uno se marchó por propia iniciativa; el otro, no renovó su contrato. Cerró las habitaciones del segundo,

cuyas ventanas daban a la calle, y se atrincheró en otras dos o tres que daban al patio trasero.

El dormitorio de Luc era una habitación de servicio situada en la buhardilla. Su tío le había ofrecido una más espaciosa, pero él declinó ese ofrecimiento.

La casa vivía retrotraída en la sombra. La vida llovía a su alrededor, pero no penetraba. ¿Dónde dormía Matilde? ¿Qué habitación había elegido? En ese momento debía estar recostada en su cama, igual que él, sin moverse, tras haber puesto en libertad el oro líquido de su pelo. La casa había pasado de las manos avaras del tío a las suyas. ¿Dónde estaba ese corazón cálido y luminoso que ahora tenía la casa?

3

—¡Ah! ¡Ahí viene el gran perezoso! —exclamó Matilde.

—No tenía despertador, y como no sé despertarme solo...

—¿No le basta con este sol?

Matilde, con los brazos desnudos, una escoba en la mano y un vestido ligero debajo del delantal, estaba radiante, llena de entusiasmo. A Luc no le faltaron las ganas de saltarle al cuello, pero se acordó a tiempo de las audacias prematuras del día anterior. Luc la había buscado, preguntándole dónde se escondía en la casa. La encontró en el primer piso. Matilde había abierto las ventanas de varias habitaciones, expulsando así la sombra desierta y morosa que albergaban.

—Este apartamento está casi intacto; se diría que los inquilinos se marcharon ayer. Esta vieja casa está en muy buenas condiciones; ni la menor huella de humedad. Las personas que la arrendaron no eran agarrados como su tío; fíjese cómo estas habitaciones, aun vacías, respiran el lujo.

Había apoyado la escoba con la que acumulaba el polvo en un rincón y arrastraba a Luc de una habitación a otra.

—Voy a amueblar someramente dos o tres, y me instalaré aquí, en el primer piso; no tendré ninguna necesidad de tocar los papeles ni los revestimientos de madera de las paredes.

Luc se había acodado a la ventana y contemplaba la avenida. El sol matinal todavía estaba húmedo, lavado y fresco y circulaba por allí con suavidad como una luz de montaña entre las laderas del valle. Ese canal de aire puro había entrado por las ventanas abiertas; levantadas las esclusas, invadía libremente el apartamento adormecido, lo inundaba, lo anegaba por completo como un *wáter-ballast*.

—Usted me ayudará, ¿no es cierto?

Luc se volvió. Ella tenía los brazos levantados y trataba de reponer una peineta que se había deslizado de su moño. «Parece como si aguantara un botijo», pensó Luc al mirarla.

—Vamos, vaya a tomar el desayuno, le está esperando desde hace mucho, no tiene más que calentar el café. Y vuelva en seguida, le necesito.

Un cuarto de hora más tarde, Luc estaba de vuelta. Matilde se había calzado un patín con suela de viruta y frotaba alegremente el parquet.

—Yo creí que quería vender la casa —se sorprendió Luc.

—No he cambiado de idea, pero, evidentemente, las cosas no se harán tan rápido como pensaba; me gustaría comprarme una casa de campo en un pueblo, y ante todo tengo que saber exactamente de cuánto dinero dispongo.

—No me parece que usted deba preocuparse en lo más mínimo; mi tío era muy rico, demasiado rico, si se quiere, para la manera irrisoria en que aprovechó lo que poseía.

«Estoy bastante tentada», pensó Matilde, «de dejarle la casa; después de todo, era parte de su herencia y puede decirse que yo se la birlé; el resto ya es cosa más seria».

—Pero lo que querría saber es qué lugar escoger —respondió— y para eso tengo que consultar al notario. Mientras tanto, estoy

impaciente por tener un pequeño apartamento bien mío, bien nuevo, y dejar el segundo piso. Allí la atmósfera es pesada, asfixiante: su tío lo había convertido en una cueva.

—¡Querrá decir más bien un retiro intocable, rarísimo, al abrigo y en medio de la ciudad! Es posible que no le gusten, desde la entrada de la casa, esa escalera de piedra, esos anchos peldaños que giran gravemente y se elevan sin prisa en la luz tamizada, esa blancura monumental y ligera a la vez, esta frescura y este silencio, inmediato, de claustro, que le caen encima.

—Lo comprendo, al principio yo sentí la misma impresión, pero ahora querría liberarme de este ambiente, respirar el aire libre... Tenga usted —le dijo—, me va a reemplazar.

Ella se inclinó, desató el nudo del patín, se lo sacó y se lo tendió.

—Tengo que salir en seguida, para hacer unas compras. Confío en usted. Me gustaría haber terminado esta habitación antes del almuerzo.

Aquel día Luc ya no volvió a la biblioteca. Después de almorzar, bajaron de nuevo al primer piso. Luc empezó otra habitación. Mientras frotaba apresuradamente el parquet, Matilde iba y venía, con el plumero en la mano, sacando las telarañas; y calculaba, tomaba medidas, jovial, dando vueltas como si bailara. Luc no decía nada. Participar en el placer de Matilde, contribuir a él, era el suyo propio. Trabajaba concienzudamente. En el fondo de esa ingrata labor, hallaba su satisfacción, su sonrisa de agradecimiento. Hasta se habría puesto a tararear algo, pero cierto pudor le retenía de mostrar ese comienzo de secreta felicidad. De vez en cuando, Matilde le hacía levantar la cabeza, le preguntaba algo, le pedía su opinión, y él respondía y volvía a frotar con mayor energía.

Ella salió durante unos minutos y regresó con

un taburete redondo, una bandeja, una botella de cerveza y dos vasos.

—¡Cuánto ardor! —dijo dirigiéndose a Luc. Y, ofreciéndole un vaso—: Creo que se lo ha ganado.

Él la miraba. Ella tenía su vaso en la mano y examinaba su nuevo apartamento, con los ojos brillantes, los labios entreabiertos y húmedos. Un mechón de sus cabellos, que pasaban del rubio o del oro pálido a un rojizo acariciante y cálido, se había soltado y, siguiendo el óvalo de la mejilla mate y fresca, caía sobre su hombro como un reguero, un torrente de cobre fundido. Su impasibilidad había desaparecido; había hecho estallar el corsé de su aislamiento. Matilde se abandonaba. Daba libre curso a esa gracia que Luc apreciaba tanto y que ella ignoraba.

«Rebosa de luz, como la espuma de esta cerveza», pensó el muchacho. Sólo pedía que siguiera entregada a esa libre dicha, y nada más. Ni siquiera deseaba acariciar ese pecho alto que se dilataba en el extremo del tallo estrechado de la cintura como dos frutos duros, o como dos palmas.

* * *

La biblioteca tuvo un poco más de suerte los días siguientes. Un poquito más. Matilde salía muy a menudo. De momento, había dejado de pensar en su casa de campo. Encargaba muebles, compraba figurillas de porcelana, cortinas, tapizados, volvía en taxi con los brazos cargados de compras. Pero no le bastó con amueblar y decorar el primer piso; empezó a poner en orden el segundo donde, por el momento, seguía habitando. A todo esto se dedicó principalmente Luc. Abrieron el desván, haciendo gran cantidad de descubrimientos; Luc cambió todas esas cosas de lugar. Matilde llegó hasta el punto de

encargarle las labores más domésticas, así fue cómo un buen día se halló, con gran sorpresa de su parte, sentado ante la mesa de la cocina, con un cesto de setas a su derecha y un montón de patatas para pelar a su izquierda. Puso la mesa y lavó los platos. Matilde reemplazó su amplio delantal de criada por uno más pequeño y redondo, prendido en el pecho que le sentaba mucho mejor. Luc estaba muy lejos de pensar en sustraerse a las directivas que le daba Matilde. Una dulce necesidad lo empujaba a someterse. Tal vez, sin saberlo, era él mismo quien las suscitaba. En todo caso, le parecía que estrechaban los lazos que parecían acercarlos cada día más el uno al otro.

Una mañana, Luc estaba terminando de vestirse canturreando cuando sonó el timbre. Era el timbre que su tío hacía sonar desde su habitación cuando necesitaba los servicios de su ama de llaves. No, no había engaño posible, no estaba soñando; el timbre sonó de nuevo. Sin duda era Matilde quien llamaba desde el dormitorio que había ocupado el viejo y que la muchacha había escogido tras haber modificado bastante la decoración. «Matilde me llama; quizás esté enferma» se dijo Luc y, con el corazón en la boca, corrió hasta su puerta y llamó.

—Entre —se le respondió.

Matilde estaba sentada en la cama y no parecía en absoluto indisputa. «Parecía más bien una dama de la corte reinando amablemente en su cama, recibiendo a un cortesano en su alcoba», observó Luc.

—Buenos días, Matilde, ¿me llamó usted?

—Sí. ¡Buenos días, Luc! Le mentaría si le dijese que me siento enferma y que por eso necesito de usted, no, al contrario, estoy muy bien, quizás demasiado bien, hasta el punto de no tener valor para levantarme.

Un deseo ardiente invadía a Luc, lo cogía de los hombros. No era porque ahora viese un poco más que de costumbre el cuerpo desconocido de Matilde. No había nada de atrevido en el hecho de que lo hubiera llamado a su cabecera. Ni siquiera tenía los brazos desnudos. Su camisón de satén celeste hacía pensar más en un vestido de novia que en un *deshabillé*. Un cinturón ajustaba la cintura; el cuello redondo, muy alto, fruncido por una cinta, terminaba ensanchándose como un cáliz festoneado. Había recogido su pelo en cola de caballo. Mientras Luc seguía con la mirada el salto desenvuelto y el centelleo, la alegre caída en una cascada, imaginaba —cuando ella se levantase y andara— su leve galope. Su mirada bajaba, se detenía en el nicho donde se abrigan los dos jóvenes animales brincadores y seductores que él ya conocía muy bien aun sin haberles visto nunca la cara, cuyo hocico testarudo estiraba ingenuamente la tela, y que descansaban, llenos de salud y quietud, bajo la protección de su ligero velo.

—¿Tendrá usted la gentileza de satisfacer un capricho mío? Nunca en mi vida me he levantado tan tarde; nunca, ¿me creerá usted?, he tomado el desayuno en la cama... Estaba segura de que no me negaría ese placer.

—¿Qué le gustaría tomar?

—Oh, simplemente café bien caliente y tostadas. ¿No me odia por haberlo llamada de manera... digamos un poco insolente?

—¡Bien sabe usted que no, Matilde!

* * *

A partir de aquel día, Luc hizo la santa voluntad de Matilde, apartándose definitivamente del camino bien delineado que generalmente sigue

el amor, para emprender la vía de la humildad y la sumisión y aceptarla paso a paso. Su propia voluntad empezó a fallarle, poco a poco se le escapó. Sin que se diera cuenta, iba a pasar su vida entera bajo la tutela de Matilde.

Esta había notado que el deseo que sentía por ella el muchacho se compensaba con una admiración muy respetuosa y muy rara. Sin llegar a darse cuenta claramente de lo que pasaba, y esperando el momento en que le fuera indispensable, la docilidad de Luc le resultaba una cosa sumamente agradable. ¿Cómo no prestarse a ese deferente fervor para seguir el juego, por qué no estimularlo? Ante la buena disposición que Luc demostró desde el primer momento, aceptando lo que en un principio no fueron más que invitaciones amistosas, irreflexivas, repentinas y respondiendo después a las sugerencias que ella se atrevía a lanzar, a un tiempo audaz y tímidamente ¿cómo no adquiriría seguridad y utilizaría, anhelando aumentarlo, un poder que ahora tenía sin haberlo buscado? En cierto modo, la diligencia que Luc ponía en servirla, la solicitud que en todo momento evidenciaba por ella, la obligaban a desempeñar su papel. Y lo aprendió bien. Pero su improvisado servidor se sometía tan fácilmente, con tanta buena voluntad, a sus órdenes, sin buscar jamás un pretexto para eludirlas, demostraba un gusto tan visible por la obediencia, que su autoridad no tuvo inconveniente en consolidarse día a día, y sus exigencias se hicieron cada vez mayores. Todo esto, sin duda que hubiera por parte de Matilde una segunda intención, una determinación cualquiera. Nada preconcebido, nada calculado. Solamente una mutua y progresiva adaptación. Un largo encaminarse hacia algo cuya salida aún no podían prever.

La humildad que Luc le demostraba la

conmovía tanto más, tenía a sus ojos más precio cuanto que conocía su pundonor y sabía que era consciente de su valor y orgulloso de sus dones intelectuales. Esto aumentaba la fascinación que ejercía sobre Matilde el giro imprevisto que había tomado el apego de Luc, su intimidad, y el extraño lazo que los unía. Por tal razón también ella había ido acostumbrándose siempre más a gusto a que la llama entusiasta, ambiciosa, esa fe en sí mismo que animaba al joven, se curvara antes ella, como se amoldaba al movimiento oscilatorio que, por una irónica fantasía del destino, la había convertido en una criatura servida y adulada.

No era difícil pensar que pronto sería imposible dar marcha atrás. La sumisión de uno había depositado en el otro el germen de un apetito de poder que sólo pedía fortalecerse y desarrollarse. Era previsible que Matilde, ahora que la había probado no prescindiría fácilmente de esa veneración de la que era objeto, ni renunciaría de buen grado al amable desquite que se le había propuesto. Por su parte, Luc, aunque tan lúcido como era, evitaba hacer su propia crítica contentándose con experimentar un placer que se negaba a analizar. Matilde había colocado sobre su cabeza el cojín que se les pone a los bueyes antes de uncirlos al yugo.

* * *

A pesar de este acuerdo tácito, a veces sus relaciones se volvían tensas. Si bien Matilde extraía su autoridad de esa gracia seductora, hecha para mandar, de esa sonrisa tan firme y tan eficaz a la cual, por una curiosa renuncia de su voluntad, Luc era incapaz de oponer la menor resistencia y bajo cuyo encanto había sencillamente cálido, era inevitable, sin embargo,

que ciertos días ella dejara el tono afable y sin asperezas, casi afectuoso, con que enunciaba sus recomendaciones, y se dejara llevar a veces por la impaciencia y la vivacidad.

No obstante, la caída de la tarde borraba cualquier huella de mal humor y de brusquedad que hubiera podido dejar la jornada; una quietud nueva se establecía entre ellos.

Después de cenar, iban a la biblioteca. Matilde sentada en un sillón que habían llevado expresamente allí. Luc, sentado a sus pies en un asiento bajo, le leía. Leía admirablemente bien. Su voz grave y cálida, atrayente, insistente y animada por una viril y turbadora convicción, parecía arrancar a la fuerza toda la belleza adormilada en las páginas y extraer del libro y de la realidad que traducía las riquezas que poseían. Un entusiasmo sordo, estremecido, venido de lejos, se apoderaba de ella. Luc no parecía ser más que una voz por la que todas las fuerzas dispersas por el mundo, desbordadas, acumuladas en la noche, irrumpieran repentinamente en la sala y vibraran, una garganta en la que se apoyaran y tomaran impulso, un verbo por el que toda realidad ejerciera fascinación y se convirtiera en elocuencia.

Luc acababa de terminar el último capítulo de *Tortilla Flat*, de Steinbeck.

—Es demasiado pronto para terminar —dijo—. ¿Qué libro quiere que empecemos ahora? ¿*El canto del mundo* de Giono, *Pabellón de mujeres* de Pearl Buck, *La madre* de Gorki, *El viejo y el mar* de Hemingway? —preguntaba recorriendo indeciso la fila de libros de un estante.

—Ya los leí todos.

—¿Es cierto? ¡Qué lástima, son precisamente los que me hubiera gustado leerle!

—Mejor léame *Los hermanos Karamazov* de

Dostoievski. Ya leí unas cuarenta páginas, pero lo abandoné; no tuve la paciencia de llegar hasta el final de los primeros capítulos introductorios que explican en detalle la historia de esa familia tan complicada.

—Como quiera.

Luc cogió el libro. En efecto, la lectura de la primera parte, sobre todo en voz alta, resultaba bastante ingrata; la infancia de personajes que aún no habían entrado en escena retenían a duras penas el interés. Y sin embargo, a pesar de la ausencia de toda poesía en ese texto únicamente empeñado en la explicación psicológica de los caracteres, la voz de Luc logró también aquí obrar el milagro cotidiano. «Parece un *médium*», pensaba Matilde, «está como habitado. Es como si el misterio se instalara en su interior. O más bien podría decirse que se libra en él una lucha entre el misterio y la luz. Se lo ve agigantado y a la vez poseído».

Al leer, Luc trataba de encontrar la intención exacta del autor, el espíritu mismo del texto, su propio movimiento, con el ávido deseo de hacerlos palpables, y de transmitirlo.

De vez en cuando, levantaba los ojos de la página y miraba a Matilde, que se hallaba acodada en un brazo del sillón con las piernas cruzadas y extendidas y el vestido desplegado sobre el canapé; miraba su busto calmo parecido a una pareja de cachorros de león sentados sobre sus patas traseras.

Miraba también los pendientes que ella levaba, colgados de sus orejas como dos gotas, negros, ligeramente tallados, alargados como granos de uva moscatel. O sus bellas uñas discretas, pulidas como peladillas.

Sin interrumpir su lectura, Luc se dirigía interiormente a ella. Su serena gentileza, su

gravedad sin sombra, unidas a la delicadeza aristocrática de una cara plena, pero firmemente dibujada, a la pureza de cincel de sus rasgos, a la elevación impecable de sus cejas sobre las dos copas ovales de sus ojos, todo en ella lo conmovía.

«¡Muéstrate bien relajada e indolente!», le decía. «Pavonéate como una reina apacible y altiva, que reina sin esfuerzo alguno, segura de su derecho. Sin ninguna preocupación. Muestra tu jovial y serena majestad. ¡Qué nada la perturbe!».

Mientras tanto, Matilde, con la atención puesta en la lectura, sonreía inconscientemente al espectáculo de esa cabeza de pelo castaño, domesticada, inclinada a sus pies.

«Yo extraeré por ti, a manos llenas, la vida generosa de este mundo... Si hubieses aquí un piano o una flauta, trataría de que toda esta belleza desbordante, este excedente de belleza que me ahoga, fluyera hacia ti. Matilde, tú eres digna de que la recoja para ti, de que te la entregue y ofrezca como homenaje».

4

Luc, en tensión, contemplaba el círculo de dientes azules, la corona de pequeñas llamas puntiagudas, ardiendo en una danza inmóvil, que la cerilla había producido de pronto en el hornillo. La tetera que había sacado de la cubeta se le escapó de las manos y se rompió contra el piso embaldosado. Matilde vino en seguida. Al ver que ese objeto que le gustaba tanto yacía allí, estúpidamente, en pedazos, la furia se apoderó de ella hasta tal punto que se volvió instantáneamente irreconocible. Avanzó hacia Luc.

—¡Imbécil! —gritó, y le dio una bofetada.

Sin duda fue la primera sorprendida de su gesto, pues de inmediato salió de la cocina. Luc permaneció durante unos minutos aturdido, desconcertado, sin reaccionar, casi incrédulo, pero luego el tumulto de la ira tronó y lo invadió. Dejó la cocina golpeando la puerta, subió a su cuarto, se vistió enfurecido, bajó la escalera de cuatro en cuatro y salió a la calle.

Una vez en la calle, el aire libre lo ducha, lo sacude. Abandona un sueño. Estalla de golpe como un globo, revienta. Liberado de un letargo, se deshace de sus harapos. Vuelve a salir al otro lado del espejismo que ha atravesado; o más bien, el espejismo se tambalea, se volatiliza. La calle penetra en él, lo arrastra. Camina. Su paso recupera la dureza habitual, amiga, de la acera. Al mismo tiempo, cierta vergüenza va apoderándose

de él. Aminora el paso, casi se detiene. Querría detener esos violentos latidos, el doloroso retumbar de su corazón, deshacerse de esa vergüenza que siente llegarle hasta los pómulos, que cubre su frente con un fino sudor. Rabiosamente, trata de recordar el proceso de esa lenta humillación que ha cultivado, a la que favoreció y ahora maldice y pretende destruir, pero ella se aferra a él, se le pega obstinadamente. ¿Cómo pudo llegar tan lejos? ¿Cómo pudo querer a una mujer que le ha permitido rebajarse tanto a sus ojos? ¿Por qué? Luc pasea su amor propio sublevado, su amor a secas indignado, su despecho, su asco de sí mismo.

Tras rumiar largamente la sal de la amargura, esta se disuelve lentamente. Se encamina hacia el centro de la ciudad. Y se zambulle la cabeza gacha, en su palpitante torbellino. Allí vuelve a hallar los monstruos, la fauna mecánica y moderna, la caravana impaciente de los coches detenidos ante el semáforo; los pesados caparazones de tortugas aerodinámicas de las que sólo sobresalen las ruedas, cual relucientes cascarones de escarabajos. Los 4 CV, cucarachas diseminadas en medio de ese rebaño.

El estupor, la rabia desaparecieron. Se siente vacío. Se deja llenar por el ruido ensordecedor y reconfortante de la ciudad.

Es sábado por la tarde. Luc ha llegado a la zona de los Grandes Bulevares. Se mezcla a la muchedumbre. A cada lado, los letreros inmensos de los cines. Los kioscos de periódicos, revistas, asediados por la gente, desaparecen debajo de las publicaciones. Y por todas partes, en los carteles gigantes, en los anuncios de los music-halls y de los cabarets, en las tapas de las revistas, un solo y único tema, vulgar y mítico, *la Mujer* endiosada, ocupando todos los lugares, vencedora, ventajera,

altanera y engreída, adelantando el pecho, ¡ostentadora!

Se estaba literalmente inmerso en un elemento femenino obsesivo omnipresente, cuyo aire estaba cargado corrompido. Ante todo senos ya no aquellas redondeces enternecedoras, acogedoras, complacientes de los siglos pasados y hasta de la *belle époque*, enorgullecidas de sí mismas, claro, pero de costumbres dulces y sin malicia; no, ahora se trataba de esos senos que, al contrario, se habían puesto de moda aguzados, como afilados por un sacapuntas, levantados y empinados como cuernos, puntiagudos y bélicos como torres, perfilados y alarmantes como cohetes en su rampa de lanzamiento.

O aún, redondos: contundentes; erguidos, apretados, endurecidos y resueltos, recogiendo y contrayendo su fuerza como puños en un guante.

En una película extranjera, ingenuamente caricaturesca, se veía a la sirena, impúdica, aunque avara de sus encantos, entrar en un gimnasio y, tan sólo con atravesarlo, sin hacer ninguna otra cosa, tumbar los atletas que formaban un cerco a su paso, uno a uno, como si fueran bolos.

En otra película, siempre del mismo país, donde la mujer, como madre, desempeña un papel preponderante en la sociedad, la misma artista, imagen exacta de la tentación puesta en evidencia e inaccesible, prohibida, de la provocación gratuita, semidesnuda esta vez, semivestida a la manera de una bailarina o de una cortesana de tiempos antiguos, balanceaba entre sus piernas con movimiento de caderas, un galón de pasamanería cayendo casi hasta el suelo que, aun siendo recamado y ornamentado, no dejaba por ello de ser menos insolente —adornado como estaba de dos borlas, en forma de gotas de

adecuada y suficiente dimensión, que colgaban como por azar a la altura requerida— y que, en su calidad de símbolo, tenía todo el aire de una reivindicación, si no el de un desvío y una transferencia de poder que ya se habían producido pero que, en todo caso, era bastante expresivo acerca de sus inconfesadas pretensiones.

Lascivo balanceo, a la vez que turiferario — dignificando la adulación de sí mismo como en el caso del strip-tease, donde se va revelando una divinidad que se rinde un autoculto— y satírico silenciosa pero sugestiva campana de la virilidad a la que se le había sustraído hasta sus atributos.

El principio —erigido en sistema— consistía en provocar y mantener científicamente el deseo sin satisfacerlo nunca, para conservar indefinidamente su dominio sobre él.

¡Ya no hay Dios, ya no hay naturaleza, ni nación, ni príncipe, ni fe! ¡A los hombres sólo les quedaba una potencia que incensar —aparte de la del Dinero—, objeto de envidia, pero reducido a sí mismo demasiado material y demasiado grosero: la de la Mujer simultáneamente Maternidad, Sexo y Belleza, pretendiendo ahora con toda desfachatez, sin ocultarse, un lugar hacía largo tiempo concedido temporariamente por benevolencia y juego; la de la Belleza, que ahora tomaba el aspecto exclusivo de un ser muy próximo, deificado aunque semejante a sí mismo!

¡La Mujer erigida sobre su Sexo y sobre los espolones de sus senos!

Luc había respirado esta atmósfera como todos sus contemporáneos, como sus compañeros. La había rechazado por vulgar, engañosa, ficticia, pueril y mórbida, contrario a su persona, y al mismo tiempo, dijera lo que dijese, la había absorbido como cualquiera, golosa, hipócritamente. Había experimentado, a pesar

suyo, su influencia tóxica, exasperante, reteniendo cuanto le convenía para incorporarla a su propio amor por la mujer.

Hoy, ese ambiente empecinado y limitado lo indispone, le repugna. Y al mismo instante en que lo rechaza como un miasma molesto completamente opuesto a su pensamiento, sin relación aparente surge una idea. Todavía es incierta, débil, tímida. Luego cobra forma encuentra su aplomo, se impone. Ya no existe la calle, ya no queda nada de Matilde, ningún sueño descarriado, ningún rastro de humillación. La muchedumbre desapareció. Luc siguió caminando sin saber adónde se dirigía, acompañado sólo por su idea que le parecía un descubrimiento, un argumento, o, más exactamente, una toma de conciencia. Sin que en ello viera relación alguna con su vida presente y menos aún con la quincena pasada. Mientras camina, escribe en su cabeza. Un artículo, decidió. Lo llevaré mañana a «La Jeune Revue». ¡Papel, pluma! Reemprende, sin darse cuenta, el camino de la casa que ha dejado. El portal está entreabierto como hace quince días. Luc llama mecánicamente. No había pensado en que la persona que vendría a abrirle sería necesariamente Matilde. Poco importa. Espera. Oye bajar la escalera, correr el cerrojo; abre ella. Al verla, aun cuando trate de permanecer indiferente a su emoción, no puede impedir que su corazón se oprima violentamente, como las mandíbulas de una tenaza que apretáramos con todas nuestras fuerzas. No obstante, pasa delante de ella, erguido, impenetrable, despreciativo, sin mirarla. Trepa las escaleras y se encierra en su cuarto. Se sienta a la pequeña mesa negra que le sirve de escritorio, coge una hoja de papel y febrilmente, da salida al pensamiento que desde hace una hora le zumba en todos los sentidos,

proliferando de manera fogosa y desordenada ese mismo pensamiento que se acumulaba impaciente y que las compuertas de su cerebro retenían a duras penas.

Lo que la mujer encubre con su gracia no es ni más ni menos que una fuerza mantenida en suspenso, habitante de cada uno de los movimientos seductores de su belleza. ¿Acaso no suele decirse de este tipo de belleza que es provocativa? Ahora bien, solamente una fuerza podría serlo; y qué otra cosa es sino una fuerza, ese poder que la mujer afirma, consolida, perfecciona con tanto esmero y que valorizan, sirven, exaltan, tantos convincentes atavíos dispuestos como si fueran armas peligrosas, trampas engañosas, pero también, y sobre todo, como homenajes secretos que se rinde a sí misma la belleza.

Sólo el vigor es fuerza; la inteligencia lo es, y cada ser, a su manera, tiene la suya, pero lo característico de la fuerza femenina es prestarse a la fuerza adversa, desaparecer ante ella, padecer ese yugo que implora y la hace languidecer.

Es cierto, en todo ello está presente una necesidad, obligación de la naturaleza, satisfacción de un deseo, búsqueda de un placer, cosas, en fin, que nadie discute. Y que convierten a la coquetería en algo lógico, natural. Sin embargo, ¿se reduce esta coquetería a un simple procedimiento al servicio de los objetivos que el amor persigue? En la medida en que siga el juego, en que afine su amor propio, la coquetería llega a ser puro desafío y extrae su amor de sí misma. A partir de ese momento, la fuerza, que tiene ya los contornos adorables de la mujer, no corre solamente a su olvido, a su gozosa pérdida sino que se embriaga de sí misma y toma el nombre de potencia. Parte a la conquista.

A no ser para quererse, celebrarse ella misma, no

abandona su modestia. Es en razón de ellos, en razón de la estima que les tiene, es decir al mismo tiempo por complacencia hacia ella misma, que la mujer ofrece con tanta solicitud a su propio cuerpo alhajas y ropas, como un homenaje. Intima, religiosamente los une a su belleza, hasta que resulta imposible saber cuál está hecho para el otro, el cuerpo o el adorno — cual una flor que ocultaría otra flor—, hasta que esas formas de carne perfectas, ocultas a medias, ese sabio dibujo, esas curvas de los vestidos, ese celo amoroso del oro y las pedrerías, rivalizando en brillo con el alabastro de su cuello, el ópalo vivo de una mirada, esa delicadeza carnal que alcanza a su vez el tejido, hasta que todo eso, indiscernible entrelazado, criatura de sangre y de tela, sea por entero la mujer, convertida en mujer y constituya una nueva, una impar y terrible belleza.

A partir de entonces, ¿por qué no responder a tan exquisita potencia? ¿Al anhelo que ella misma no se atreve a pronunciar? ¿Acaso triunfa la belleza de lo cotidiano, en esa dialéctica sutil y embriagadora cuyos resortes manipula sin falla, pero a la que termina asaltando? ¿Para qué tanto encantamiento y tanta magia gastados, si se acaba por sucumbir? ¿Por qué crear un ídolo, si debe ser destruido y pisoteado? ¿Por qué el cortesano de la belleza, a punto de dejar su edulcorado papel secundario, sus atenciones y sus cumplidos hipócritas, para hablar más a sus anchas como amo bajo el pretexto de que ha logrado su objetivo, no habría de padecer realmente ese poder que finge reverenciar? ¿Por qué, en el último momento y de pronto, la situación se invertiría, en lugar de inmovilizarse a expensas del citado cortesano y para gloria de la belleza? ¿Por qué esa belleza, que todos dicen que reina sobre los corazones, no reinaría también de veras, y por qué la que, por regla general, toma el nombre de señora, sin serlo, no llegaría a serlo, esta vez, sin que ello supusiera un juego de

palabras, sin ambigüedad?

¿Por qué la fuerza viril no vendría a inclinarse, conturbada, ante ella, magnífica, surgiendo de un pecho bien expuesto, echando los hombros hacia atrás, brotando de semejante dilatación? ¿Por qué esta fuerza no renunciaría ante la simple gracia y, entre sus manos, por qué no aceptaría reconocer finalmente el dominio que la gracia tiene sobre ella?

La suerte está echada. Renunciamos a hacer de ti nuestra presa; nosotros lo somos de ti. Queremos que nuestro deslumbramiento jamás termine. Tu belleza exige que nos subordinemos a ella sin tardanza, no como si se tratara de un sacrificio, sino al contrario, en una entrega total de sí, un sacrificio entero hacia el que corremos impacientes, para precipitarnos a caer a tus pies. Estas son nuestras armas, y las deponemos. Destrúyelas para que nunca más tengamos la tentación de recuperar nuestra libertad.

¡Oh sonrisa difusa, inmóvil y suspendida, altiva dulzura, cerrada inflexible, dulzura en guardia, dulzura blindada, aplasta con tu tacón la llama de nuestro deseo y transfórmala en la lenta, interminable combustión que la devorará!

Luc se había detenido, pero permanecía sentado ante su mesa, con la pluma en la mano. Reflexionaba unos instantes, buscando un título dudando entre varios de los que se presentaban a su mente; finalmente ordenó las hojas escritas y escribió en la parte superior de la primera página: *A los pies de Omphalos.*

Esta imagen de Hércules a los pies de Omphalos evocó en su mente una imagen inversa, simétrica, la de Tetis cortejando a Júpiter, tal como los representa Ingres en su cuadro: un Júpiter tronante, de tronco moreno, macizo, de proporciones exageradas y monstruosas, con el

torso ancho como un pilar, y, en contraste con él, erguida sobre una de sus rodillas en tierra, mientras la otra se ve flexionada, blanca, cuatro veces más delgada que el dios, fina y grácil como un abedul, flexible como una liana que sube en busca del follaje del árbol, alargada como un cisne o una oca adelantando el cuello y el pico, alargando indefinidamente un brazo desmesurado, una Tetis que, en un gesto extraño, amanerado, de una gracia rebuscada y lánguida, como suele verse en los personajes de algunos ballets, pero con algo indefiniblemente elocuente y poético, que no deja de llamar la atención, viene a tomarle el mentón entre el pulgar y el índice. Desproporción deliberada, contraste acentuado que evocan, en un tiempo más cercano a nosotros los que Picasso intentó representar en sus descripciones de Saltimbanquis: un muchachito escuálido chupado, sentado sobre la rodilla de un payaso bien fuerte, sólido como un toro; adolescente enclenque entrenándose, sin gracia alguna con los brazos levantados, a rodar sobre una pelota, bajo la mirada de un trapecista imponente; mujer descarnada, huesuda, descolorida, con la cabeza ladeada, inclinada de una manera triste y cansada, aunque llena de ternura por su hijo.

Pero, interrumpiendo esta escapada, volviendo al punto de partida, alterando una vez más las correspondencias, su pensamiento retornó a la imagen legendaria del héroe griego hilando su copo a los pies de una mujer. «Venir como un atleta» comentaba, «a depositar sus fuerzas reunidas, atadas como gavilla, como haz, a sus pies».

«Y, como epígrafe, pondré la frase de San Agustín que leí el otro día, ¿por qué no? ¿Cómo decía?». Bajó a la biblioteca, cogió el libro en

cuestión y copió la frase:

«No hay nada más fuerte que la dulzura, ni más estimable que su fuerza».

Se levantó, fue hasta la ventana, la abrió. Ya no apareció ante él esa arena aérea, sin fin, en perpetua agitación, del sol. El invierno llegaba, precoz, brutal, sin transición. Esto tenía por efecto aumentar el valor de una porción de cielo encima de París, por modesta que fuese. El cielo traía y mezclaba a la vertical de la ciudad todos los elementos: el retroceso de las profundidades desnudas y frías del aire; las playas de arena que recién descubrimos, donde aún pueden verse la amalgamada huella de olas y corrientes, las anchas ondulaciones de las dunas grises, lavadas por el viento; y la hoguera o el licor en llamas del poniente. Pero el cielo era sobre todo el lugar de elección, el dominio privilegiado del agua, el verdadero lugar donde ella reinaba en completa libertad, donde vivía muy cerca de la superficie, penetrando e impregnando, conteniendo y emergiendo, amenazando todo con su presencia invasora y múltiple. Todo era fluido: la atmósfera, que era como un baño; la tierra convertida en ribera, arena movediza, vaso imponderable; el fuego convertido en almíbar, caramelo y luz. Lo poco que aún se divisaba de él no era más que un reflejo del cielo en el rincón de un lago, al fondo del agua.

Aquel día, una espesa bruma se había levantado desde la mañana temprano, una bruma que sin embargo el sol naciente había traspasado al Este como un barco rosa, un afeitado, una crema iluminada por debajo y que recubría toda la extensión del mar celestial. En lugar del agua límpida del cielo de verano, de un solo volumen, de un solo cristal, o de sus superficies unidas y claras, como aguadas, había nubes cuya forma y

consistencia hacían pensar en el copo de albúmina escapado de la cáscara rajada del huevo y flotando en el agua hirviendo donde se ha esparcido; masas redondas, suspendidas como lactancias, donde se concentraría la niebla; un polvo, un polen gris, impalpables.

Durante el día, la bruma se abrió en algunos lugares. Por encima de la vegetación negra de los árboles del parque, de los que Luc veía un fragmento a su izquierda, a lo largo de la calle que desembocaba ante la casa, se había formado un paisaje anfibio de verdín, de prados invadidos, un pantano en medio del bosque, sobre el que la niebla flotaba por zonas allí donde el pie de Luc se hundía bajo el agua, donde cada paso que daba sumergía las motas blancas y esponjosas de los musgos y las llenaba de líquido.

Más abajo, detrás de los árboles, se veían algunos charcos azulados. A partir de esos montes bajos, de esos matorrales de ramas negras, de esas arborescencias ennegrecidas, Luc empezaba a creer que no eran esqueletos ni cadáveres, sino alguna otra forma, casi tan natural como la vegetación, crudamente recortada contra la llanura húmeda, desierta, virgen de toda presencia humana, prehistórica, del cielo.

En su interior, todo se había silenciado. Recuperaba la tranquilidad como cuando uno siente de nuevo una orilla bajo los pies. Y al mismo tiempo que ese silencio, se le impuso una singular evidencia. En un instante tomó curiosamente conciencia —como si hasta ese momento el aguijón furioso de la inspiración, desviándolo de sí mismo, se lo hubiera impedido— de que cuanto acababa de escribir se aplicaba exactamente a su propio comportamiento y que no era sino la exposición de una teoría que ya había llevado a la práctica. Presa de su despecho, había

elaborado, sin embargo, un pensamiento separado que, a destiempo, aprobaba y ratificaba su conducta. Esta justificación, este asentimiento que no había pedido lo llenaron de una alegría inmediata y honda, de ese puro, basto, alegre consuelo que ocasiona la revelación de una certidumbre. No opuso reparo alguno. No tergiversó nada. Corrió a reemprender el camino que creyó poder abandonar.

Cuando bajaba al segundo piso, Matilde, que venía de la calle, entraba. Ella fingió no verle y penetró en el saloncito. La siguió. Observó que, por primera vez, ella se había esmerado en su vestimenta, si bien muy sencilla, sin perifollos, evidenciando su buen gusto: una blusa a rayas, que sus audaces senos estiraban adelantándose como dos ágiles felinos, elásticos, flexibles, esbeltos; una falda plisada que se ahuecaba ligeramente en la curva natural de sus caderas, cuyo balanceo la hacía oscilar como una campana y un cinturón de cuero, ancho, apretando el talle, y cuya severidad apenas si era atenuada, favorecido en la espalda por el arco que dibujaba el borde superior. Las ondas de su pelo, estiradas hacia atrás iban a morir allí, acumulándose en un moño al que rodeaba una trenza circular, que se entrelazaba con los admirables reflejos de la luz.

Luc abarcó con la mirada a Matilde; su andar natural, suelto; su bella y virtuosa seguridad. Pero sus ojos volvieron a posarse en ese pecho danzarín que avanza como una carretilla cargada de heno, que cruje y gime, y cuyos bordes ceden, a punto de volcar, pero que no obstante sigue su camino.

Su voluntad se embotó, cayó bajo el embrujo. Matilde estaba sentada. Leyó con sorpresa en los ojos de Luc que no solamente no tenía nada que hacerse perdonar, sino que era él quien tomaba la iniciativa y volvía, como un culpable arrepentido,

a ponerse a sus órdenes.

Lo vio encaminarse a la antecámara y regresar con sus zapatillas en la mano. Se arrodilló ante ella. Sacó cuidadosamente de su estuche sus pies que, en los zapatos, con la arrogancia de sus afilados y crueles tacones, parecían dos muy finos y agudos zuecos de cierva.

Así, Luc se ofrecía por su propia iniciativa, y reconocía los derechos que ella tenía sobre él. Se entregaba a ella. Este homenaje era una caricia moral que la llenaba de gozo y la colmaba más que cualquier caricia física. Una oleada de orgullo la recorrió por entero y la elevó, la levantó más allá de sí misma. El gesto de entrega que acababa de realizar Luc la alzaba por encima de la condición humana, la izaba a un nuevo rango, como sobre un escudo, la aislaba y la engrandecía. La forma particular que había tomado el amor del joven, esa devoción, ese apego extremo, esa elección, de que ella era objeto la volvían valiosísima a sus propios ojos, le modelaba una dignidad desconocida, que la poseía. La veneración con que Luc la rodeaba, la santificaba.

—¿Me obedecerá? —le preguntó Matilde—. ¿Promete obedecerme cueste lo que le cueste, sea cual sea el favor que le pida? ¿Se acuerda de lo que me leyó la otra noche, aquel pasaje de los *Hermanos Karamazov* donde el autor habla de los *startsys*^[1] y de la obediencia, de la sumisión absoluta que, como hombre subordinado, se debe a quién ha elegido por *starets*, a partir del momento en que le hizo ofrenda de la abdicación total, incondicional de su voluntad?

Matilde inclinaba sus imperiosos pechos hacia Luc, como si fueran dos redes cargadas, dos mangas hinchadas, cargadas a tope, que pesan al ser sacadas del agua. El orgullo del muchacho sólo se erizó durante un corto instante. Experimentó el

extraño vértigo, más fuerte que todo, de la resignación... que lo arrastraba. Así, se entregó a la soberanía de esa belleza en la que coincidían natural, perfectamente, una inteligencia, una distinción del carácter, una elevación que ya reconociera desde el primer día. Por lo tanto, no discutió sus prerrogativas, admitiéndolas como legítimas.

—¿Se someterá a mí como si fuera su *starets*?

—Sí, Matilde.

La derrota se había consumado. Luc había encontrado su lugar, su posición, descansaba como en la garganta deseada de un torrente, o más bien avanzaba como descargado de sí mismo, confuso, alejado de su deseo, que andaba muy solo a su lado.

Pretendió coger la mano de Matilde y llevarla a sus labios, pero la joven se lo impidió. Entonces se prosternó, rozando su falda, pero cuando se disponía a besar su pie, ella lo retiró. Su boca llegó hasta el suelo, permaneció allí unos segundos y besó el parquet a sus pies.

5

La vida en la casa retomó su ritmo habitual. Matilde parecía haber olvidado la promesa que Luc le había hecho, o al menos no la mencionaba. Sólo utilizaba su sonrisa sincera, exenta de toda coquetería, la sonrisa inmóvil, indescifrable de sus ojos mediante la que daba la impresión de querer entregarse, ofrendar su peculiar gracia y su pensamiento, lo cual tenía el efecto de absorber y aniquilar la voluntad de Luc.

Un observador circunstancial hubiera podido creer que uno y otro estaban ligados por un amor compartido y por una profundísima intimidad. Solamente cuando la autoridad de Matilde, generalmente en actividad, aunque tácita, volvía a ser cuestionada, y en consecuencia obligada a manifestarse, solamente entonces se habría dado cuenta de que un decreto insólito y secreto regía sin duda alguna sus relaciones. Sus ojos se agrandaban, el agua de su lago calmo y claro se hacía aún más profunda y límpida; parecían un espejo irónico, inalcanzable; o bien, se oscurecían y se convertían en dos florecillas azules, alegres y danzarinas; a menos que una brusca determinación los endureciera y transformara, al contrario, en dos piedras de un brillo más mate, más opaco, más sombrío, donde se concentraba todo su azul. Luc se sentía prisionero de esa sonrisa desde ya vencedora, perentoria, sin límite, que se detenía en él para recordarle la perennidad

de su promesa, dejándole su marca como lo hubiera hecho un sello. Entonces, los términos en que había formulado aquella promesa, las rememoradas palabras pronunciadas aquel día, se movían en su interior, escarbaban mordiéndole, ajustaban su sentido como un tornillo.

Su voluntad yacía, encenagada. O si llegaba a revelarse, era para anticiparse a los deseos de Matilde, arrastrada por una corriente irresistible, generosa, por una fogosidad juvenil, desesperadamente entusiasta. Amaba el envidiable nudo de domesticidad que lo ataba sólidamente a ella, sus desconcertantes, desalentadores méritos. Ese nudo que le daba el derecho de vivir en su órbita y conforme a su ritmo.

Luc se dejaba ir en esa dirección como un barco que por fin ha encontrado su timonel.

* * *

El impúdico sol de noviembre iluminaba la casa. Había aparecido de pronto, abriendo un nuevo, breve, efímero verano en el corazón del invierno. El aire vagaba, alado, más tibio aunque sin llegar a calentar demasiado. Un viento suave pero de largo alcance recorría la ciudad la impulsaba. Salía de su repliegue interior, abría de par en par las persianas a la brisa. El cielo la dilataba, la unía de nuevo a la tierra que la rodeaba, transmitiéndole su soplo alerta. El viento mostraba y removía el sol, lo hacía circular como una espuma y una sangre de luz. La ciudad palpitaba, derivaba con las nubes rápidas, se reunía con el mar cercano cuyo oleaje la devolvía.

Oleajes de sol. Volutas de sol. Clama dorada y plena como un fruto.

Algunos días después, Luc estaba por salir y ya se dirigía hacia la puerta de la planta baja, cuando oyó el golpeteo sonoro de los tacones de Matilde que bajaba precipitadamente la escalera detrás de él. La esperó.

—¿Adónde va? —le preguntó ella tomándole del brazo, una vez que estuvo a su lado.

—Tengo que arreglar algunas cosas y debo pasar también a ver a mi casera...

—No quiero que usted salga ni haga nada sin mi permiso.

—Pero, Matilde...

—¡Cállese!

Sus ojos echaban chispas, brillaban con un resplandor vehemente; su pecho se había arqueado, alzado; se habría dicho que toda la dulzura que ocultaba se condensaba, se solidificaba repentinamente ante ella, como una barra.

—¡Su curso no comenzará hasta diciembre, usted mismo me lo dijo el otro día! En cuanto a la propietaria y lo que haya usted podido dejar en su casa, yo me ocuparé, me encargaré de todo.

Cerró la puerta desde el interior y guardó la llave.

Era como si una trampa se hubiera cerrado. Por fuerza, estaba embarcado en la aventura, ¡y qué aventura! Los últimos puentes habían sido levantados. La derrota se había consumado. La orilla de la vida trivial se alejaba. La cas dejaba la tierra firme, distanciándose como un navío; huía. Esta vez Luc se veía cortado definitivamente del mundo de los vivos.

A partir de aquella tarde, Matilde tomó la costumbre de subir hasta su dormitorio a la hora de acostarse y cerrarlo con llave.

Desde entonces, se aceleró la domesticación de Luc. Una mañana en que ambos se hallaban en la biblioteca, el muchacho transgredió deliberadamente una orden. Matilde no se enfadó, lo miró con su imperturbable sonrisa.

—De rodillas —dijo.

Su voz apenas había perdido su acostumbrada inflexión acariciadora. Hasta se hubiera dicho que estaba bromeando. Luc vaciló. Un último escrúpulo, un último respeto por sí mismo lo retenía. Sin embargo, cuando Matilde le repitió:

—¡De rodillas, y pídamе perdón!

Luc capituló. En su interior, una voz le soplaba que una criatura tan incomparable bien valía que se le hiciera el sacrificio del amor propio y que ninguna convencional dignidad humana bastaba para impedirselo. Una fuerza superior a la de su voluntad le hizo ponerse de rodillas.

Quizás para vencerlo más fácilmente, quizás por un resto de pudor y timidez, Matilde, divertida, le había hecho esa exigencia sonriendo aparentando no darle importancia al asunto, como si se tratara de un juego. Por su parte, Luc se arrodilló y le pidió perdón, desenvuelto y sonriente, como si se hubiera decidido a continuar con la falsa y trivial comedia y quisiera demostrarle la insignificancia del sacrificio que se imponía. Pero, sin tardanza, Matilde aprovechó para llegar más lejos y coronar esa humillación, que parecía tan fácil y hasta natural, y afianzar definitivamente su poder. Cogió una regla metálica que se hallaba sobre el escritorio y, sin palabras, le dio a entender el castigo que deseaba infligirle. Luc le tendió los dedos.

Así dio comienzo el primero de los ritos que, progresivamente, el muchacho se vio obligado a

observar. No transcurrió un solo día sin que recibiese algún palmetazo en la punta de los dedos, como un niño. Matilde no tenía necesidad de explicarse. Levantaba hacia Luc su mirada fija, cogía la regla; eso bastaba.

¿Y acaso no era normal? ¿Qué significaban la autoridad y la disciplina sin el castigo? A partir del momento en que había optado por el camino de la sumisión, era preciso que el menor desvío que lo llevase fuera de ese camino provocara la sanción, y Luc no había podido sustraerse a esta lógica. Matilde no hacía más que cumplir con la función que se le había reconocido. Y era inevitable que el ascendiente moral de que gozaba no tardase en ir acompañada de una acción directa sobre la persona que le estaba sometida, y que el poder que detentaba interviniese al fin con mayor brutalidad, de una manera física y visible. Inversamente, admitida la legitimidad de la sanción impuesta, la autoridad que hacía uso de ella se veía confirmada y fortalecida.

Luc hubiera hecho mal en quejarse. Él había ofrecido las riendas a su compañera. Ahora ella las tenía y se complacía en ello. Si su presión se hacía más fuerte y lo hería, sólo tenía que recriminarse a sí mismo y no acusar a nadie por ello.

Bajaba uno a uno los peldaños de la renuncia a sí mismo y de la sumisión. Matilde, transfigurada, subía paralelamente los del dominio y el orgullo. Ella ya dejaba libre curso a su belleza; esta, a la vez que se complacía en sí misma, brotaba por todas partes. En su puro deleite en el mullido calor de su bienestar, una pérvida, solapada ambición había echado discretamente raíces. Luc presentía y se deleitaba por anticipado con el desarrollo de su perversa consolidación.

Una tarde, al haber cometido Luc una negligencia, Matilde se dejó llevar por la ira y dio un golpe con el pie en el suelo. No sólo le dio como de costumbre el palmetazo en los dedos, sino que luego puso la regla en el suelo y le ordenó que se arrodillara encima.

—Y ahora quédate así, ¡y no te muevas sin que yo te lo diga! ¿Comprendido?

Luc no respondía.

—¿Estás mudo?

—Sí.

—¿Sí que?

—Sí, Matilde.

—¡Ya no hay más Matilde!

—Sí, Ama.

—¡Ya era hora!

Las curiosas reflexiones que había hecho en su artículo se cumplían punto por punto. Ella dio media vuelta y salió del cuarto. Luc no tenía la menor intención de moverse. Sin duda podría haberlo hecho, nada era más simple; pero sabía que sería inútil, que esa ridícula postura formaba parte del orden de las cosas y que si rechazaba esa obligación, sería tan sólo para someterse unos instantes más tarde a órdenes que se sabía incapaz de transgredir, a decretos provenientes de una voluntad que no se sentía capaz de contrariar.

«Sí, te quiero, Ama y Señora mía, y me gusta tu ira, me gusta el espectáculo de esa cólera cuya perfecta violencia ennoblece tus rasgos y donde tu belleza, tensa, se desborda. La luz azul y directa de tus ojos fija en mí. ¡Tu pecho —proyección, desbordamiento, salto peligroso de la gracia— erguido, estremecido, piafando de impaciencia! ¡Sólo deseo verme a tus pies, tambaleante! ¡Dispón de mí! He renunciado a los derechos que tenía sobre mí mismo. ¡Quiero que mi voluntad se identifique con la tuya! ¡Qué tu voluntad sustituya

a la mía y halle su lugar en mí!».

En la penumbra silenciosa, Luc escuchaba el lento desgarrarse de su vanidad.

Al cabo de un lapso de tiempo, cuya extensión no estaba en condiciones de apreciar, oyó abrirse la puerta de la habitación; levantó la cabeza. En el rectángulo luminoso, Matilde apareció en *deshabillé*. Era una especie de vestido o más bien una túnica con mangas, ligera flotante, cortada en un velo de punto muy fino, y que, a la altura de la garganta, formaba una red, una redecilla de puntos más abiertos, como una cortina fruncida en torno al cuello. Como una jaula. Por debajo de esa túnica, que llegaba hasta la mitad de los muslos, salían unos pantalones hechos de la misma tela y que envolvían las piernas con su manguito de gasa.

Luc experimentó el asalto de ese cegador y cínico candor. Palideció. Su deseo pisoteado, irritado consigo mismo, se debatía, rechinaba, pero su amor propio resultaba ferozmente duplicado. Amaba la potencia que había sabido captar tan bien su deseo, haciéndole morder su deseo, dejándolo librado a sí mismo. Sobre su deseo provocado, desgarrándose mutuamente, sentía el peso de una alegría delirante, salvaje, convulsiva, como un embrujo.

¡Oh Irrisión! ¡Era preciso que fuese ese impúdico Pierrot quién lo tuviera entre sus manos, que se hallase bajo la dependencia de tan pasmosa debilidad, de una desarmante, insolente, enloquecedora fragilidad! Estaba aturdido de dulzura. Aniquilado por tanta ternura inaccesible.

—¡Vamos, levántate, ve a acostarte! —le ordenó Matilde.

Cerró con llave la puerta del segundo piso y

consideró inútil aquella noche conducir a su prisionero hasta su cuarto.

6

Por la ventana abierta, Luc oía hablar a Matilde en el piso de abajo con un interlocutor desconocido. Al cabo de algunos instantes, reconoció, por la voz del visitante que respondía a Matilde, que se trataba de una mujer. ¿Una eventual interesada en comprar la casa? Luc no alcanzaba a comprender el sentido de sus palabras.

Media hora más tarde, las dos mujeres entraban juntas en una habitación vecina a la suya. Oyó que la recién venida respondía: «Sí señora» a una pregunta de Matilde. Se dio cuenta de que estaba por tomar una criada. Su corazón se enfrió, la puerta se abrió:

—Ven —le dijo Matilde.

Lo condujo en presencia de una mujer de unos treinta a treinta y cinco años, morena, bien formada, pero robusta, los ojos castaños de párpados bombeados, los bucles de sus cabellos perfectamente rizados que colgaban como racimos negros, la cara llena y hermosa, aunque ligeramente abotargada. Una placidez leonina, si esto pudiera decirse tratándose de una mujer.

—Te presento a la señora que desde hoy trabajará en esta casa —dijo Matilde volviéndose hacia Luc—. Espero que le obedezcas como a mí misma.

Además de la humillación de verse tratado así delante de un extraño, Luc sintió un odio

inmediato hacia esa persona y le lanzó una fría y retadora mirada de desprecio.

—Por lo demás, en el caso de que no lo hiciera, no tendrá más que decírmelo —precisó Matilde dirigiéndose esta vez a la criada, cuya impasibilidad ocultaba admirablemente sus sentimientos.

Luc no perdonaba a esa extranjera por inmiscuirse en el secreto de la casa e introducirse como un testigo molesto entre él y Matilde.

Pero la casa se apoderó de la intrusa, replegó sobre ella su atmósfera insinuante, su antigüedad de dos siglos, y la criada, cuidadosamente escogida por Matilde, no tardó en integrarse. Se adaptó sin dificultad a una curiosa situación, por la que no hizo ningún intento de conocer mejor, adquirió sin esfuerzo el todo adecuado para dirigirse Luc, a quien acostumbró a ver en ella la legitimidad del poder omnipotente, delegado de manera permanente por Matilde. Así, su servidumbre se duplicó.

* * *

Peripetia del imperio de las nubes. Juvenil y sonriente. Ballet fantástico, impertinente. Prado alado, vestido de flores revoloteando en guirnaldas.

Juego cegador y burlón, breves borrascas de nieve alteraban la ciudad.

* * *

Puesto que ahora tenía a una auxiliar, una tarde Matilde tuvo la idea de que podía, sin arriesgar demasiado, llevar hasta el final la prueba de su poder.

Volvía de un espectáculo —una representación de ballet— y lo comentaba con Lina con una fogosidad, una animación y un verbo a los que se mezclaba cierta sobreexcitación completamente desacostumbrada en ella. Transportada de placer, reía y daba muestras de un exceso de alegría, que no dominaba. Luc estaba en el salón. Perplejo, alarmado, sentía crecer los celos y la sospecha. ¿Qué encuentro, en el exterior había podido provocarlos? «En el exterior ¿habrá sido realmente en el exterior? ¿Quién sabe si Lina?...».

Matilde reparó en él, y, sin motivo:

—¿Qué haces aquí? ¿Nada? Entonces, ¿qué esperas para arrodillarte? ¡Quiero verte en esa posición cada vez que te halles en mi presencia!

Luc obedeció.

Admiraba a Matilde en su vestido azul-verdoso, sus brazos felinos enguantados de negro, la torre de satén de su talle, y más arriba en lugar de aquella acostumbrada y temeraria dulzura de aguijón, redondas y rutilantes, dos prominencias dilatando la tela como dos escudos de suavidad.

La voz breve de Matilde lo sacó de su contemplación.

—Tráigame una cuerda, rápido —ordenó a Lina.

Y en cuanto la criada regresó:

—Ven aquí, esclavo mío —dijo, quitándose los guantes.

Luc se levantó. Ella cogió la cuerda que le tendía Lina, hizo que Luc pusiera las manos a la espalda, las tomó y las ató. En el momento de ese contacto, de esa apropiación un estremecimiento recorrió a Luc de la cabeza a los pies.

Matilde le volvió a exigir que se pusiera de rodillas.

—Vamos —le ordenó a Lina—, pero no se aleje.

Se separó de Luc, lentamente, retrocediendo. Una extraña sonrisa, segura, amplia y contenida al mismo tiempo, flotaba en sus labios.

Luc la vio descalzarse, levantarse, llevarse las manos a la espalda desabrocharse el vestido, liberar los brazos. Se lo arremangó y se lo quitó deslizándolo por encima de la cabeza. Su sonrisa se volvió más cruel, sino soberbia, lasciva, tiernamente incitante, despectiva. «¡Mira!», parecía decir, «aquí tienes al despojo de la muñeca, ahora se convierte en mujer y se emancipa, ¡conténtate con ese trapo!». Con un gesto negligente, Matilde tiró su vestido a la cabeza de Luc.

La mujer se mantiene muy erguida. Sus hombros están desnudos Su combinación opaca y transparente a la vez, que borda sobre su pecho una balaustrada calada, sigue los contornos del cuerpo como una cortina de lluvia muy fina, como una bruma azulada. La deja caer a sus pies, la recoge y se la arroja a su prisionero como un harapo.

Y así queda vestida sólo con un sostén cuyas dos semiesferas, como dos barquillos, contiene sus senos como huevos redondos y blancos perfectamente modelados; con la braga y la finísima trama, arácnida, de las medias.

La corona dorada de sus cabellos, ahora sueltos, cae como una avalancha por sus hombros. Aguarda un momento, deleitándose —todavía con un pequeño matiz, casi imperceptible, de la compasión cómplice y acariciadora de la que aún no había conseguido desprenderse— en su obra, en su víctima que tan bien ha sabido destrozarse de deseo, sofocar.

Desnuda su pecho. ¡Y por fin aparecen — coronando la sensible columna del talle, que a Luc no le está permitido rodear con sus brazos—, tan

conocidos, espiados, mimados, invisibles hasta entonces pero saliendo de su reclusión, sin que nada pudiera ahora limitar su expansión, los dos frutos en suspenso, imprudentemente colgados en el vacío, la doble arca, el audaz y milagrosos capitel de los senos!

He aquí el trono, regio y atractivo, de las caderas y la pelvis, he aquí el vientre combado como un guijarro y, debajo de la nervadura hendida de la ingle, su boca, como un oráculo mudo, como un enigma. La braga y las medias, que un dedo ha hecho deslizarse a lo largo de la pierna, han volado como un último sarcasmo.

Matilde gira sobre sí misma, se estira, los brazos levantados, las piernas juntas. Son como dos troncos apretados el uno contra el otro, en la más pura fuga vertical, pilares de savia, de dos hayas jóvenes, vivas, alertas, erguidas, pero exentas de toda corteza, desolladas desnudas y sin embargo suscitándola, a la vez que espantándola como una suave herida, una caricia que quisiera rivalizar en agilidad y delicadeza con su lisa y resbalosa fragilidad, pulida como una piedra, en toda su crudeza. Pero rechazan esa caricia cuyo tacto, no obstante, sólo se agotaría para revelarlos mejor a ellos mismos.

Ascienden, haciéndose más carnosos, cobrando amplitud ensanchándose como dos embudos.

Asimismo, de Luc se ríen el globo cortado en dos cojines, fanfarrón que sostienen, el flexible hiato y la cruz de pronunciadas vertientes, impresa como una doble huella que divide los muslos y las nalgas.

Hela aquí desnuda, con esa desnudez integral, de una sola pieza que ya nada eclipsa, recipiente de luz oculto, y surgido de pronto del apagador. ¡Desnuda, pero nada friolera ni timorata; acompañada revestida de la majestad

adormecedora y belicosa de su éxito total!

Baila.

Luc olvida hasta qué punto fue humillado. Y también el fracaso de su prematuro impulso, que reventó como un cohete demasiado breve e inútil.

Sigue con la mirada a esta Eva nacida en su presencia, parida en su presencia, extraída de su ganga, aún más hermosa de lo que suponía con ese pecho a la vez levantado y zambulléndose hacia él, esa ternura densa y maliciosa, ese mármol viviente y luminoso bajo la lluvia y las llameantes lenguas de los cabellos, esa blancura sabrosa en la que bebe, arrodillado, encorvado, como bebería de un astro, de una fuente.

Matilde se detiene, se le acerca de puntillas, lo hace levantar. Lo empuja en dirección al cuarto de baño. En el centro de la habitación sobre el embaldosado, coloca una cuba; se mete en ella, y, tras haber desatado las manos de Luc, le indica con el dedo el calentador de agua, la jarra, el jabón y la esponja.

Temblando de emoción y de deseo, Luc se le acerca. Cubre de agua el cuerpo de su ama, oprime la esponja sobre las curvas principescas, esparcidas, sobre la tibieza de su carne hostil; modela su cuerpo, su pecho melodioso, lo pule como un escultor vencido por su obra, ya impotente ante ella.

* * *

Cuando Luc, por tercera vez, se sometió a ese suplicio, su beatitud fue sustituida por una incoercible tentación; el muro de respeto que lo separaba de su ama cedió de golpe. Le dio un beso en el pecho. Pero ni la más brutal, ni la peor ofensa hubiera sobrecogido a Matilde a este punto.

Su boca se abrió de sorpresa, tembló de indignación y de ira.

Con un movimiento brusco cogió la cuerda que había utilizado la antvíspera y que había quedado sobre el taburete donde ella la había puesto y azotó a Luc con furor.

—¡Lina! ¡Lina! —gritó ella.

La criada acudió.

—¡Rápido, átale las manos! ¡Y llévate!

Chorreando agua, con el pelo revuelto, retomando el aliento y echando la cabeza hacia atrás, le señalaba la puerta:

—¡Llévate al desván! Átalo bien y déjalo encerrado allí. Vamos, arréglatelas. Después, tráeme un látigo, remueve toda la casa si es preciso. Lo utilizaré, si es necesario, para que se quede quieto. ¡Llévate, castígalo! ¡No quiero verlo más! ¿Puedo confiar en ti, Lina?

El ama de llaves lo obligó a pasar delante de Matilde. Subieron la escalera. Abrió la puerta del desván y lo llevó junto a una viga cuadrada y vertical, en un rincón casi oscuro. Lo dejó allí, abrió unos baúles cuyas cerraduras rechinaron y regresó con un par de largas correas. Se aseguró de su solidez tirando con fuerza del nudo que retenía las manos de Luc y, para evitar que pudiera desatarse, le ató los pulgares. Luego, le pasó una correa alrededor de la cintura, pasó otra correa por la primera, a la que dejó algo floja, y ató aquella a la viga. Una vez terminada esa sumaria pero sólida operación, se alejó sin pronunciar palabra y cerró la puerta del desván. Luc la oyó bajar la escalera.

Cuando Lina se reunió con su ama, no sólo se encontró con que esta seguía enfurecida, sino que la notó, además, presa de una extraordinaria agitación.

—¡Una breve reclusión! Eso le sentará bien.

Podrá meditar sobre su nuevo estado y reflexionar a gusto. Una breve estancia en chirona... En la bodega debe haber un rincón tranquilo que servirá para eso. ¡Tú irás a cerciorarte, Lina...! ¡Y lo llevaré yo misma! ¡Ah, espera, aún no he terminado! ¡Le pondré, además, cadenas, como a un condenado a trabajos forzados!

La mirada exaltada de Matilde perseguía su visión, no la soltaba. Se cruzó con la de la criada.

—¡Por supuesto, Lina, tú piensas que es una idea loca, disparatada! —exclamó ante la sorpresa y la incredulidad que había leído en aquellos ojos—. ¿Y qué? ¡Aunque así lo fuera, me importa un comino!

—¿Cree usted que es realmente necesario, señora? —preguntó Lina.

—Lo es, del todo. Quiero que sea real, efectivamente mi esclavo. Esta es una palabra que se emplea para todo, de cualquier manera ¡Pues bien, yo voy a tomarla al pie de la letra! ¡Mal que le pese! ¡Haré de él un verdadero esclavo, un auténtico esclavo, comprendes, como antaño, como ya no existen! Y quiero que esto no deje lugar a dudas, que quede claro de una vez por todas, ¡qué salte a la vista! Voy a castigarlo por su audacia y a sacarle las ganas de volver a intentarlo. ¡Quiero poder dejar las puertas abiertas e irme con la seguridad de que ni se le ocurrirá escapar!

»¿Por qué no hacerlo, si lo quiero? ¿Quién me lo impedirá? Antes de que nos vayamos de aquí, deberás hacerte con todo lo que sea necesario. ¿Dónde? Pregunta en todas las tiendas de antigüedades, y si es preciso en las tiendas de accesorios. Ve, Lina, te recompensaré».

Se quitó un anillo de su dedo y se lo dio.

Lina se preguntaba si no estaba soñando, pero no podía evitar sentirse encantada y seducida por

esa casi increíble aventura a la que se prestaba alegre y despreocupadamente.

* * *

Luc está atado con cintas y correas. Le ha privado de sus brazos, se los han quitado, confiscado. Imposible sentarse, o recostarse. De pie, apoyado contra el pilar, del que no puede apartarse, pues la cuerda, concienzuda y fiel, lo obliga siempre a volver a él.

Afuera, demasiado lejos, empieza a nevar.

Se observa. La clavija agujerando la correa espesa, el pasador de cuero, todo está en su sitio. Se ve como un baúl.

Poco a poco, no es a él a quien ve en la oscuridad que ha llenado el desván como una cisterna vacía y ahora la tapiza enteramente de arriba abajo. Sino a la que lo puso allí, abandonándolo. Desenvuelta. Frente a él:

¡Pavonéate, soberbia paloma! ¡Regocíjate de tu deslumbrante desnudez, de tus divinas formas! ¡Qué tu corazón desborde de alegría, que tu pecho acorazado de gracia no se sacie de desdén! ¡Contempla, oh Señora, a tu esclavo deshecho, aniquilado, ante la gracia insostenible que lo ha subrayado y paralizado, y cuya dulzona y mística garra se ha apoderado de él! ¡Oh irreprochable Déspota, insoportable Perfección, contempla tu tributo, tu botín: míralo rendido sin remedio a tu poder, de rodillas, clavado ante ti, encadenado — sometido y vibrante— a ti! ¡Está enclaustrado en el puro límite de tus formas, encerrado, enclavado en sus vivos contornos! ¡Qué se regocije a su vez, y tanto como tú, de tu alegría de ser y de ser tal como eres que ame como su propia riqueza lo envidiable,

bendita carga de tu belleza, que se enorgullezca de ella y sienta por ella aún más celos que tú misma; que llegue a ser cómplice de tu placer, que beba las salpicaduras, ávidamente recogidas de tu bienestar, que ría al verse tan bien, tan firmemente cogido en tu trampa, sin escapatoria alguna, y se deleite contigo de tenerlo prisionero!

—Sí, Matilde, te serviré con el mayor esmero, ¡quiero ser tu esclavo! ¡Estoy decidido a serlo! Para ello, acumularé, someteré toda la energía de mi alma. Subiré y bajaré, responderé y reaccionaré al menor de tus movimientos, como un ludión.

* * *

La nieve caía oblicuamente, bajaba con un movimiento rápido y continuo como una cinta mecánica y, en su desenfrenada caída en torbellino, cortaba de lado a lado el espacio libre del cruce, lo barría, lo cogía como una bufanda con un gran aletazo. Emanación del cielo y de la noche, enjambre cósmico, deriva de estrellas, lluvia de flores haciendo piruetas, dando volteretas y formando cascadas, llevadas por el viento, vía láctea de pronto cercana, de pronto terrestre revolcándose como un torrente, se precipitaba espesa y activamente el maná de su maravillosa simiente. Pero esta voluntad alerta y multiplicada desaparecía, se desvanecía repentinamente, como alcanzada por el aniquilamiento, como captada por algún artero y siniestro espejo. Las ruedas estrelladas de los copos que cruzaban el cielo venían estúpidamente a aplastarse y volatilizarse, su floración danzarina se oscurecía y licuaba sobre el mosaico gris y reluciente que componía el pavimento de granito

de la calzada, o sobre el asfalto espejeante y negro.

Por el contrario, en el parque, muy cerca de allí, se apelotonaba, recién llegada, entre las hierbas, y allí quedaba amontonada, formando nidos de cristal.

* * *

Pesadez del cielo cargado y de la nieve espesa sobre los techos de las casas, sobre los hombros. Cielo escarpado, tamizado expandiéndose ciegamente por la ciudad, sin preocuparse de ella, con una monstruosa desaprensión.

Silenciosamente, las nubes, bajas y cargadas, cubrieron la ciudad. En la atmósfera fría, hecha de millares de puntos picantes, viva y disolvente como un ácido, se establecieron sinuosamente, echaron el ancla. Y ahora, descargan su anquilosis, liberan profusa abundantemente sus entrañas, la carga completa de su blanco sueño.

Cerco. Estado de sitio. El cielo ocupa la ciudad, las calles y los lugares que los peatones atraviesan en todos los sentidos, donde los automóviles desplazándose lentamente ya no disponen más que de estrechos pasos.

Presencia extranjera, insistente, insinuante. El tiempo inmenso e invisible se ha vuelto copo. Y se arroja a los ojos.

El cielo echa su lastre, sin interrupción. Como un arenero gigante, se vacía sin fin.

El callejón sin salida
o
El mundo al revés

Es preciso —no hay
término medio—
adorarla de rodillas,
postrado, sin más
astro en los cielos que
su espesa cabellera
pelirroja ¡O bien,
azotarle el rostro, a
esta mujer!

Paul Verlaine
(*Una gran señora*)

Me gustaría ponerme
un vestido estampado
como el tuyo. Envidio
tus pechos pletóricos
de leche, la caída de
tu pelo, tus anchas
caderas de donde
salen los seres
humanos.
¡Qué no daría por ser
tú!

Gustave Flaubert
(*La tentación de San*
Antonio)

Acurrucarme en todas
las formas, penetrar
en cada átomo, bajar
hasta el fondo de la
materia ¡ser la
materia!

Gustave Flaubert
(*La tentación de San*
Antonio)

Y desde el fondo de la
vergüenza, entonado

un himno. Soy
maldito, vil y
degradado pero beso
el ruedo del vestido
que envuelve a mi
Dios.

Dostoievski
(Los hermanos
Karamazov)

Lo digo con toda
franqueza: un hombre
cabal debe estar bajo
la zapatilla de una
mujer.

Dostoievski
(Los hermanos
Karamazov)

La carretera de asfalto azul recorre la meseta, corta las llanuras labradas, por donde ha pasado el rodillo, dorada, uniformada extensión bajo la luz. Como una playa. Recodos de la carretea. Vueltas, meandros. La carretera parece un río sin orilla, henchido, deslizándose casi desbordado ente los sembradíos.

Conduce Matilde. Es domingo. Hace buen día, muy buen día. Un nuevo claro, una preciosa brecha en la masa del invierno. Luc va sentado atrás. Ha vuelto a la tierra, ha recobrado su sitio; viaja en automóvil por el campo, pasa junto a sus semejantes al atravesar los pueblos en fiesta, toma su parte de luz, de carretera, y de ese olor vibrante hecho de sol, de alquitrán y gasolina, ese olor lleno de fuerza y de promesas que tonifica, que da hambre de velocidad, de descubrimientos y paisajes. De hecho, lo llevan como si fuera una maleta. La gente que cruza no sabe, está muy lejos de imaginarse que lo tienen a buen recaudo, y que sus tobillos están amarrados. ¡Oh, claro, simplemente lo justo, pero con toda seguridad! Es preciso tener el aplomo, la imaginación, la flema ingenua y desconcertante, la desenvoltura de Matilde para divertirse con eso. Luc está sólo en apariencia mezclado a los vivos, porque en realidad está separado, al margen. El único que lo sabe es el propio Luc.

Corriendo sobre el espacio horizontal de la

llanura, sin inferirle injuria alguna, surgidos, al contrario, de la tierra circundante, los postes de las líneas de alta tensión alzan por encima de ella, sobre sus piernas metálicas, los travesaños de sus cuerpos desmesurados Desfilan, unidos unos a otros por la cuerda mecida de sus cables, suspendidos como inmensos títeres, por sus brazos separados.

Cerca de una aldea, el automóvil se detiene. Matilde baja, cierra la puerta, se aleja. Envuelta en su vestido de otomán, sin mangas, que se ajusta exactamente a su cintura y se adecúa al torneado de sus caderas, parece un vaso, un ánfora. ¿Adónde va, indiferente al frío, desnudos los brazos, con paso decidido? ¿Qué piensa hacer? Poco importa. Ella lo deja solo, sin preocupación alguna, segura como está de que no se escapará.

* * *

Matilde ya había hecho varios viajes con Lina a la casa de campo que se había comprado. Luc no ha logrado saber dónde está situada. Lo único que sabe es que Lina salió antes que ellos, que ayer tomó el tren, que ya está instalada. Ya que Matilde no se había deshecho de él ya que lo llevaba consigo, habría, sin duda, elegido con cuidado esta casa, y con el fin de alejar toda mirada indiscreta. Hace ya tres horas que viajan. Ya casi es de noche. Un gran muro. Matilde frena. Un portal. Un perro ladra. Matilde hace sonar varias veces la bocina. Alguien viene. La grava de un sendero cruje. Abren el portal, es Lina:

—¿Tuvo un buen viaje, señora?, —y echa una mirada al pasajero.

—Sí, Lina, excelente.

El automóvil entra en la propiedad. Frente a ellos, a cincuenta metros, una bonita casa blanca,

cuadrada, grande, compuesta de planta baja y un piso. Algunas dependencias. Alrededor del jardín árboles, un parque. El coche se detiene. Matilde baja, indica a Luc que también lo haga. Mientras contempla con satisfacción soñadora esa casa que significa para ella el comienzo de una vida nueva, se apoya un instante en el brazo del muchacho que se encuentra a su lado. Pero en seguida recobra su actitud habitual.

—¡Vamos, adentro! —dije empujándolo, como de costumbre, delante de ella.

* * *

Luc terminaba de ponerle las medias.

—Mis zapatos de ante —ordenó Matilde.

Luc fue a buscarlos y los depositó a sus pies. Matilde llevaba un vestido muy bonito de flores con fondo rojo; el escote se abría en V; sus senos, como sostenidos por dos bufandas, parecían dos peces glotones.

«De perfil», pensaba Luc, «estiran los pliegues de la tela, con fuerza, exactamente como los cables que sostienen un puente».

—Mis guantes, mi bolso, también mi collar.

Luc fue y volvió.

—Quítame estos zapatos, me aprietan; tráeme los negros.

Entró Lina.

—Salgo —le informó Matilde—. Voy a casa de la Sra. Bonnel, a pie. Tú irás a la ciudad a comprarme tela. La misma que ayer. Me hacen falta dos metros. Antes de marcharte, suelta el perro. Regresa antes de las siete.

—Me parece que va a llover, señora...

—Sí, creo que tienes razón. Tráeme el paraguas —ordenó a Luc, pero en seguida, cambiando de parecer: no, el impermeable.

Luc fue a buscárselo.

—Ahora —dijo Matilde—, escúchame bien. Estaré fuera durante varias horas, y esta noche espero visitas...

—¡Póngase firme cuando su ama le habla —intervino Lina—, ya se lo he dicho varias veces!

—A mi regreso —continuó Matilde, quiero que la planta baja esté perfectamente limpia, impecable, ¿comprendes?, impecable; todo debe quedar en orden y reluciente, sin una mota de polvo.

—Sí, Ama —respondió Luc.

* * *

Luc acababa de lavar la cocina cuando oyó que alguien abría y cerraba el portal del jardín. Sin duda era Matilde que regresaba. Cuando llegó al vestíbulo, la llave giraba en la cerradura. Entró Matilde; su cabeza se hallaba cubierta por el capuchón de su impermeable de plástico, que chorreaba. La capa transparente caía recta a su alrededor, sin tocarla, apenas fruncida por anchas y ligeras ondulaciones. Bajo esa tienda pura y límpida que daba a su tocado una frescura, un brillo, una profundidad viva y acuática, Matilde iba erguida, aislada, intacta, como bajo un velo, protegida por una cortina líquida, como debajo de un chorro de agua.

Luc se precipitó a quitarle el impermeable, pero, presa del malhumor que quizás le había provocado el aguacero, o cualquier otro contratiempo, ella lo detuvo con un gesto brutal y le dijo en tono tajante:

—¡Ni siquiera has sacudido este felpudo! ¡Mira qué polvo! ¡Y esos zapatos por ahí! ¡Me parece haberte dicho claramente que esperaba visitas y tú ni siquiera has empezado a arreglar el vestíbulo!

—¡Todavía no he tenido tiempo, a pesar de que hice todo lo posible, se lo aseguro!

—¡Cállate!

—¡En seguida lo haré!

—¡He dicho que te calles! ¡Te prohíbo responderme!

Cogió el látigo que se hallaba en el paragüero.

—¡Quiero que se me obedezca!

Luc ya estaba a sus pies.

—¡Sácate la camisa!

Y sin dale tiempo para desvestirse, Matilde levantó el látigo y le dio cuatro azotes.

* * *

Tu manera de vestir, eres tú. Eres tú tal como te quieres, tal como te eliges. Eres tú, siempre la misma y cada día renovada. Gracias a ella, eres todas las mujeres, una a una, pero sin dejar ni por un instante de ser tú misma. Podría decir que es casi un papel que desempeñas, casi un personaje.

Haces tuyas todas las invenciones de la naturaleza. Todos sus aciertos animales, minerales, vegetales, te conciernen. Concurren todas para destacarse lo más cortésmente posible de su medio natural, con el fin de convertirse en algo tuyo y contribuir a tu belleza.

Y aun cuando prescindas de ellas y no le tomes directamente a la naturaleza sus acabadas creaciones, siempre encuentras la manera, mediante tus adornos y sus inagotables fauna y flora, reproducirla e imitarla, evocando a pesar tuyo, redescubriendo por un camino diferente, imitando todo el lujo de sus variadas facetas, de sus formas y de sus seres.

Todo viene a ti, orgullosa, para colmarte de atenciones. Tu vestido está pensado como una arquitectura edificada alrededor de ti. Como una catedral fundada sobre una base que eres tú, y que te

canta y te magnifica.

Tus ropas son como una colección jamás puesta al día de distintas versiones de ti misma. Como una multiplicación viviente de tu hermosura. Las quiero como a todo lo que la honra, la comenta, la realza y afina, como todo lo que tiene trato con ella, y la ciñe. Las envidio por la frecuentación de tus atractivos, por las secretas familiaridades que tienen contigo.

Luc escribía, meditaba con la pluma en la mano. En su vida, dedicada por completo al servicio de Matilde, no le quedaba más que esto: escribir. Sin preocuparse en la más mínimo por saber si había una utilidad en poner sus reflexiones por escrito, en legarlas al papel si, aunque ahora se hallaba encerrado, estaría un día en condiciones de utilizarlas. Era un gesto natural, una obligación —como beber y comer—, una urgencia que se apresuraba a satisfacer y por cuyo sentido no se cuestionaba.

No sólo tus ropas, tu manera de arreglarte te revela y expresa, sino que participan de ti. No se añaden pura y simplemente a ti, como el continente al contenido, aunque ambos sean siempre preciosos el uno para el otro. No se contenta con ello. Al contrario, colaboran activamente contigo. Entre ellas y tú, hay un vaivén creador, un intercambio.

A tu contacto, la tela, polarizada, imantada, contrae inmediatamente el principio de atracción que reside en ti, adquiere tu virtud; se transmuta, para llegar a ser tu carne, tu persona, para llegar a ser lo que eres. Pero, recíprocamente, al mismo tiempo que la incorporas fraudulentamente, pegada a ti, esa tela te ha transformado. Ya no es tu simple superficie, tu apariencia sino tu presencia entera la que ahora vive en ella; o mejor dicho, eres tú quien te has convertido en ella. Tú, ahora, eres esa indumentaria, esas líneas, esos colores, esos dibujos, esa materia, esa textura y

ese tacto y todos esos arreglos convincentes, elogiosos, con todas esas galantes y ditirámicas atenciones con que le complaces. Hasta el momento en que creas preciso dejarla de lado, ya no eres tu desnudez lejana, negada, olvidada; tu propia feminidad está hecha tanto de esa protección de tela como de carne.

Aun con el plástico, ¿quién lo habría pensado?, has tenido tratos desde hace unos años, y no temes en absoluto haberte propasado.

Ya en su época, a propósito de sin embargo tan prosaico impermeable, goma como le llamaba de un modo popular y familiar, Proust escribía de Albertina:

«Veloz e inclinada sobre la rueda mitológica de su bicicleta, ceñida los días de lluvia por la túnica guerrera de goma que abombaba sus senos, con la cabeza envuelta por un turbante y peinada con serpientes, sembraba el terror por las calles de Balbec.

»Nunca había acariciado a la Albertina impermeabilizada de los días de lluvia, y me hubiera gustado pedirle que se quitara aquella armadura».

Ahora bien, la infame y repugnante goma —una vez ajada— que ya mencionamos, se evaporó delante de un sutil y mágico, es cierto, recién llegado. Tan cotidiano y trivial como podía serlo el primero, pero cuánto más sospechoso, cuánto más gracioso y llevable.

Liviano, diáfano o transparente, a veces vaporoso, móvil y reluciente, sólido y flexible. Su superficie lisa se arruga y se tornasola como la del agua, en anchos círculos. Se desplaza y despliega con un ruido sordo y arrollador. Se sustrae al tacto, resbaloso y untuoso como el aceite, lustroso como la piel de un fruto; sin embargo, su contacto tiene la frescura agradable de una epidermis, a la vez que el aterciopelado carnal. Parece una seda que sería transparente, irrompible,

elástica y como líquida. Lejos de dañar la coquetería de la mujer, dejando entrever su vestido, sus brazos desnudos en verano, y apretándose amorosamente contra ella, como un molde acomodaticio, cuyos pliegues obedecieran a sus formas sin coartarlas, le añade una seducción suplementaria, le otorga un encanto imprevisto, convirtiendo su protección en un turbador aislamiento.

Bajo esa prenda femenina, a veces con mangas, provisto de un cinturón como un abrigo y recordando la piel incolora, la envoltura vegetal que reviste los tallos de ciertas plantas o tapiza el interior de ciertas vainas, de ciertos frutos, a veces amplia capa, bajo la capucha, nuestras mujeres contemporáneas, ruidosas, envueltas de la cabeza los pies, enfundadas en ese capullo o esa burbuja, pasan junto a nosotros como penitentes veladas, o rápidas ondinas, insensibles al elemento.

Sobre esa pared, ese vidrio de seda, la lluvia resbala, forma perlas como el rocío, salvo que el aguacero se vuelva tromba de agua y transforme la delgada y cristalina concha en un chorreante manto de algas.

Esa gracia inesperada del plástico se debe sin duda a que, contrariamente a los tejidos clásicos en que la intervención humana se hacía demasiado evidente, este no presenta ni punto ni trama, no muestra textura alguna, siempre tan continuo y homogéneo, transparente y móvil como puede serlo una capa de escarcha. También se debe a que, parodiando lo natural hasta el engaño, no revela sin embargo artificio alguno. Sólo el terciopelo y la seda, si podemos permitirnos compararlo con esos nobles, aristocráticos tejidos poseen, porque son uniformes, esa apariencia que nos recuerda la caricia suave de la pelusilla o del polen, el satinado de la flor o de la carne, y, por consiguiente, se hallaban en perfecto acuerdo, en íntima armonía con ella.

Pero con el plástico, ese natural exquisito de la vida es rápidamente olvidado, puesto de lado. Ni animal ni vegetal, materia extraña, ambigua cruda y sin embargo creada por el hombre, inanimada y no obstante imitando lo orgánico, proviene de lo amorfo, de lo inerte, pero para hacer participar esa inercia de la turbación de la carne.

En una época como la nuestra, en que el decorado natural se eclipsa cada día más, se desplaza para dejar lugar a una segunda naturaleza, en que la tierra, la piedra, la madera, el cuero, las fibras tradicionales se distancian de nosotros y desaparecen, disimuladas y reemplazadas por el asfalto, el metal y el plástico, que en un universo progresivamente sintético, sirve para todo fundas, toldos, cubetas, delantales, estuches de todo tipo, era inevitable que la mujer lo usara para cubrirse. Y con igual acierto, por supuesto, que cualquier otra cosa. De una sola pieza, o casi, al mismo tiempo que la rodea con una cortina protectora, que la envuelve con una especie de segunda epidermis, en lugar de sustraerla a la mirada tiene el mérito, por el contrario, de dejar que se exhiba por completo, sin ocultar ninguno de sus atractivos. Con la salvedad, no obstante, de ofrecerla a la mirada pero negarla al tacto.

Pero aún no se ha dicho todo de este producto proteiforme. No se queda ahí. Sería por lo demás inexacto e incompleto describir el impermeable en cuestión únicamente bajo su aspecto poético de campana o de peplo, de ligero velo o de fluido drapeado, de pintoresca y delgada binza de cebolla, de piel de muda de serpiente o de envoltorio de celofán con que nuestras conciudadanas se pasean cuidadosamente empaquetadas y embaladas.

Pasando por el lechoso, el dorado, el azulado, el tornasolado, el ambarino, el blanco ahuesado, el ahumado, acaba, desconocido, en el metalizado y en el opaco. De membrana pasa a ser élitro de insecto y

caparazón de reflejos dorados. Flexible a veces, como una seda verde, brillante, achispada, puede también plisarse dulcemente sobre un pecho como una blusa fruncida, ceñida en el cuello, cuyos pliegues divergentes bajan en abanico desde el cuello hasta los senos. O bien blanco, fantasmagórico, salvo que sea granulado, petrificante, simplificador y escultural. Pero por lo general es rígido, gris —de ese gris acero que suelen tener los metales y los tubos de las estufas caseras—, verde o azul cielo luminoso y aceitoso, irisado cual escama, barnizado, pulido, reluciente, con toda la apariencia de un metal, de papel de estaño o, mejor aún, de aluminio. Ahora, se trata de una cáscara; en una palabra, de una carrocería. Singular concesión de lo humano al rigor metálico, que, en lugar de ofuscarse por su incongruencia, se complace en ella, adoptándola; sorprendente participación de la inflexibilidad de lo espejeante, de lo aerodinámico, en la vida de la criatura y, lo que es más, de la criatura amable.

Con un sombrero de marino, o con una toquilla del mismo material que su impermeable, ya no es la sílfide, la libélula mojada, la diana evanescente de hace un momento, la que pasa a nuestro lado, sino, montada en su máquina, su scooter torneado y carenado, con los muslos recogidos como los de una langosta, de idéntico color y de un metal semejante al de su coraza, una muy extraña amazona, monocasco, la de un siglo estandarizado, motorizado estilizado y perfilado.

8

Luc aún no había llegado al cabo de su vertiginosa trayectoria, pero en los días que siguieron, quemó etapas. No precisamente para rodar al fondo abyecto de la esclavitud, sino, por el contrario, para izarse a fuerza de lomo y muñeca, hasta sus más altas cumbres, hasta sus cimas invioladas, puras, desiertas, fascinantes.

Y en esta jadeante carrera hacia el extrañísimo lugar que codiciaba hacia la tierra de elección que estaba decidido a alcanzar a toda costa en su aturrida y fanática ascensión, se sentía orgulloso aún de lo excesivo de ese respeto religioso y exaltado que era la parte visible de su amor por Matilde, orgulloso de ese delirio de sumisión y docilidad, orgulloso de su sufrimiento entusiasta, intrépido. Y asimismo, de ese eclipse de sí mismo, de la aniquilación de su voluntad y de sus deseos. Luc sabía perfectamente que Matilde y él irían hasta el fin de su inconfesado pacto y que se acercaba el día en que sería tratado ni más ni menos que como un animal, o quizás que como un objeto que se coge, se coloca, se cambia de lugar y se abandona. Lo querría con alegría si también Matilde lo quisiera.

Ella se había reservado la libertad, de la que hizo su patrimonio exclusivo; hasta tal punto que era un placer verla —cuando te ha tocado en suerte la obediencia y te sometes estrictamente a ella— respirar y vivir en ella, sonsacárselo todo

inocentemente, moverse como en una ola, y deleitarse en ella. Matilde había confiscado la libertad de Luc, en sus mismas narices, y utilizaba magníficamente las dos libertades. Y, aunque aparentemente desposeído y abandonado, Luc se sentía impacientemente dichoso de llevar el abuso de su amor hasta la definitiva, irrevocable alienación de su persona.

Era un salto de cabeza al río, un suicidio a la vez irreflexivo y calculado, pero a continuación del cual emergería a la superficie de una vida nueva, en la que se encontraría de pronto asombrado desorientado; una vida claramente limitada, reducida, pero extraña y prodigiosamente fértil.

* * *

Matilde lo había mandado llamar. Estaba recostada en el canapé, envuelta en un traje de noche escotado. Sus senos, con la nariz escondida tras su capuchón, parecían dos frutos vecinos, contiguos, entrevistados en su cáscara entreabierta; o dos galeones de bordas combadas. El escote de su vestido los recubría con la V separada, desgarrada, de su ala de seda. Y en el hueco de esta ala, abierta y desplegada, se abría, como una jarra, un pozo de sombra que se escurría y se insinuaba entre los senos; cáliz inclinado cuando ella se agachaba. Su vestido caía a lo largo de su cuerpo, primero tirante y redondo, luego suelto en pliegues y pétalos, en un fluir de olas arrugadas.

Era extraordinaria la sensación que le producía la proximidad inmediata de ese cuerpo a medias visible, lleno de amenidad, que parecía no obstante, burlarse a ratos socarronamente, pero cuyo acceso se hallaba protegido por una prohibición mágica.

Había también ese pliegue, ese hueco móvil entre las piernas, distante y fatídico, mofándose bajo su virtuosa y lujosa tranquilidad, atrayéndonos irresistiblemente como la pendiente demasiado propicia de un valle, y del que la mirada, como el agua, no podía desviarse.

—Acércate —le dijo—, tengo un regalito para ti. Pero antes —y se levantó, un turbante alrededor de su cintura, arrastrando consigo el velamen y el caparazón de su vestido que, en una avalancha de seda formó como un pedestal a sus pies—, besa ese látigo que será a partir de ahora la varilla mágica que lo obtendrá todo de ti y que aprenderás a venerar como a tu amo vigilante y temible.

Ella le tendió la tralla del látigo. Luc obedeció.

Matilde arrojó el objeto por delante de ella.

—¡Vamos, ve a buscarlo y tráemelo!

Luc estaba por reincorporarse.

—¡No! —exclamó Matilde.

Luc fue a buscar el látigo de rodillas, y luego de recorrer así los diez pasos que lo separaban de ella, se lo entregó.

Su sonrisa, bajando de sus labios, se derramaba por su espalda, por su cuello descubierto, y resplandecía suavemente como una claridad, una luz surgida de la carne misma. Sus senos parecían dos caracoles oníricos, monstruosos, lechosos y delicados, saliendo lánguidamente de su concha.

Tomó de un cofre, que Lina acababa de traerle, dos argollas de hierro. Abrió una, la puso alrededor de la muñeca de Luc y la cerró con una simple presión; las minúsculas lengüetas encontraron sus muescas y se insertaron en ellas con un ruido preciso y mecánico —ese enganche y ese resorte de mandíbulas—. Hizo lo mismo con la segunda argolla luego juntó las dos con una cadenita.

—Muy bien —dijo satisfecha, indicándole la cadenita a Lina—; tú se la quitarás o se la dejarás según lo que tenga que hacer. Toma —agregó confiándole la llave que permitía abrir las argollas —, ¡no vayas a perderla!

A Luc aún le quedaban las piernas, aunque no por mucho tiempo. Lina se encargó de encadenarle los tobillos.

Matilde bajó con el pie la nuca de Luc, inclinado ante ella.

* * *

El timbre del portal de la entrada sonó.

—Ve a abrir, vienen a buscarme —y deslizándose en el armonioso tumulto de su vestido, Matilde salió del salón detrás de Lina. Poco después, Luc oyó arrancar un automóvil.

* * *

Matilde regresó tarde por la noche.

—He tenido que levantar la voz, señora —le informó diligentemente Lina, y la puso al corriente de la mala conducta de su protegido.

—Si es cierto, Lina, sé muy bien lo que debo hacer.

Mandó llamar a Luc, y enganchó sin vacilar una cadena a la que ataba las dos muñecas. Y, cogiéndolo de la cadena, lo arrastró. Así atravesaron la casa, luego siguieron por la escalera que llevaba al sótano. Lina iba detrás, con una lámpara en una mano y el látigo en la otra. Entraron en una celda baja, exigua, sin ninguna abertura, que parecía tallada en la oscuridad. Lina sostuvo la lámpara y la propia Matilde se encargó de instalar al castigado. Suspendió mediante dos

cadenas convergentes las argollas de sus manos a otra argolla empotrada en la pared, del que obligó a su prisionero a alejarse todo lo posible hasta que casi quedara sobre las plantas de los pies. Completó la operación, fijando en el suelo otra cadena que estiraba hacia atrás la que trataba los tobillos de Luc, y, en consecuencia, servía para mantenerlo a distancia de la pared.

—Buenas noches —le deseó Matilde, y cerró sobre él, como una tumba, la oscuridad densa y espesa de su ergástulo.

¡Encadenado! Su esclavitud había cobrado forma, se había materializado y recibido su consagración. A su ama le había parecido conveniente imponer a su libertad el frío y humillante rigor de las cadenas, introducir en ella su dureza y su limitación, esa brusca detención, esa constante y risible llamado a la orden mientras caminaba. ¡Ofuscante contrapeso, pesadez estéril y obstinada mujer pendiente de su libertad!

Como una intrusa, como un parásito tenaz prendido a su carne, la rigidez de los hierros se inmiscuía, tomaba posición como una barra de hierro, sin miramientos en el juego flexible, inocente y natural de sus piernas, se interponía resueltamente entre ellas, como un tercer miembro entre sus miembros. Y sentía que esa rigidez se transmitía a su libertad doblegada, convencida, ganada poco a poco por la obstinación inmutable del metal que pasaba a ella y la solidificaba.

¡Oh cadenas, sois la voluntad fundida, forjables representantes! ¡Mis pasos le son devueltos, helos aquí gobernados por la fuerza; esta es su longitud prescrita, a su gusto, de una vez por todas por este obstáculo que me acompaña, por esta barrera que paseo conmigo, que interrumpe y detiene en seco el movimiento de mis brazos y mis piernas! ¡Mi libertad ya no late ahora más que entre estrechos límites, ha

sido reducida y medida como el movimiento de un metrónomo!

¿Y qué decir de mi dolorosa actitud en este calabozo, con los brazos estirados, las manos prisioneras de las tenazas y la inercia de las cadenas? ¿Acaso puedo imaginar posición más incómoda? Impotencia, pertenencia más concretamente significativas, más físicamente obsesivas, de una evidencia más clara, más elocuentemente expresada. Si al menos, a falta de mi cuerpo pudiera aún disponer de mi mente, pero también mi atención se halla prisionera, y me está prohibido desviarla de todo cuanto signifique un sometimiento perfecto, ideal. Sin que le sea preciso estar aquí, ni preocuparse de mí, hasta el fin, hasta el término previsto por ella, y que yo ignoro, mi Ama posee cada segundo de mi pensamiento, cada hálito de mi respiración, cada latido de mi sangre. Al igual que en el vientre oscuro, bajo la asfixiante capa de hollín del hueco donde me han relegado, estoy detenido en la celda de su mirada; y entregado a su voluntad.

¡Ella se fue de aquí hermosa hasta la locura, desesperante de vida dilatada, desbordante de savia opípara y triunfadora, saltarina, soberbia y libre como una altiva yegua y, al mismo tiempo, agobiante de majestad, victoriosa y ataviada como una reina, temblorosa y cargada de galas como una carabela!

¡A mí, simplemente me enterró, me dejó en la dársena; detenido, aparejado, cargado de cadenas!

¡Oh Querida Muñeca de carne y de seda, a pesar de tu altivez y tu crueldad, cuánto me hubiera gustado apretar, arrugar contra mi pecho la dulce yunta divergente, descarada, de tus senos, abriéndome paso a golpes de cabeza, violentando tu pecho! Pero tuviste la precaución de domar por anticipado la fura que me llevaba hacia ti, ya me habías encadenado, de cara a la pared; me la concedías como único interlocutor, me condenabas a ese enfrentamiento, a

ese único pensamiento de mi vida reprimida, dependiente, me imponías ese pensamiento hecho piedra a la que fijabas mi mirada y mi espíritu.

Te has ido, arrastrando tras de ti como una huella, el blando remolino, el cortejo feliz y alabador de tus trapos, y ese gripo de la seda. Me dejaste por única compañía, por única presencia —que responde a cada uno de mis movimientos—, el tintineo íntimo, burlón y despótico de mis cadenas.

¡Cadenas que acortáis mi libertad al antojo de mi ama, que la sustituís y le servís de manos, yo formo parte de vosotras! ¡Mi libertad endurecida ha pasado a ser, al igual que vosotras, cable y cabo! ¡Soy cadena!

9

Dos días después de esta bárbara y solemne imposición de grillos Matilde se hizo llevar el desayuno a su habitación. Lo tomó en una bandeja que Luc, arrodillado, sostenía con sus dos manos.

No había sin duda pasado la noche en su casa, ya que estaba completamente vestida. Su blusa aprisionaba tan estrechamente su pecho que este, acolchado, estilizado a la manera de los tallos cortados en escuadra de las labiadas, se las campanillas hexagonales del muguete, o de cinco caras de la campánula, presentaba superficies planas donde solían estar las espléndidas cúpulas, y se adelantaba como una explanada. Su blusa empujaba por debajo de su cintura sobre su vientre, la punta de un escudo triangular, de modo que la falda, sujeta con precisión, resaltaba aún mejor y manaba en una zambullida curva a su alrededor, como los surtidores de una fuente que fluyen de las múltiples bocas de las quimeras.

Con el corazón a punto de estallar, Luc desabrocha el rutilante cobre ajustado a la pulpa firme y atrevida del busto, y descubre ovillado en el secreto de su alcoba, disimulado por su máscara de encajes, el doble, tierno y provocante altar al que se ha encomendado. Ayuda a Matilde a desatar los nudos traviosos, tentadores, guardianes indulgentes, que parecen decir: «¡Yo no soy prisionera de mí misma!», a quitar la frágil y deliciosa enagua; a ponerse una bata. Ella se dirige

al baño, él la sigue.

Ella se quita la bata, se la entrega. Rechazando los servicios cotidianos de Luc, entra en la bañera. Lo olvida, se abandona, se desliza con una sonrisa en los labios, a la deriva, entre dos aguas, sin golpes, calma y ligera, de sus pensamientos.

Matilde gira la cabeza. Dirige distraídamente hacia su prisionero una mirada de porcelana, blanca y húmeda, muy estática bajo su corona de cejas levantadas, una ingenua y tímidamente alegre mirada de cierva, como enternecida por su propio sueño como si quisiera tomar a Luc por testigo, hacerle una confidencia, como buscando en él un asentimiento, una respuesta.

Ella lo ve humilde y modesto, esperando pacientemente sus órdenes, pero devorado por el deseo. Sale del agua. Sus senos atrevidos, arrogantes, inquietos, gotean. Con cuánto placer cogeríamos con la mano, toda la mano, la gallardía de sus pezones, lo acariciaríamos bajo el mentón para ayudarlos a realizar su espiritual y peligrosa proeza. Ella se adelanta hacia él, lo hace retroceder hasta una pequeña columna de estuco, fantasía de arquitecto, pero que, de pronto, parece haber sido emplazada allí con toda intención. Luc lo ha entendido perfectamente, ante la súbita transformación de sus rasgos, el brusco propósito que ha concebido. Considera inútil oponerse. Cruza los brazos por detrás de la columna. Ella se quita el cinturón de la bata y se los ata. Luego, coge el látigo que ahora conserva con frecuencia al alcance de su mano como un cetro activo, oportuno y eficaz. Y, por segunda vez, lo levanta —hoy, gratuitamente, sin razón por mero placer, por la dicha cruel de ejercer su dominio, o quizás ofuscada por un deseo inconveniente— sobre aquel al que ella ha convertido a la vez en su sacerdote y su esclavo.

Lo deja caer para volver a levantarlo rápidamente, haciéndolo planear, revolotear, girar, ¡ave, serpiente y liana!

Luc desborda de un amor desmantelado, ulcerado, de una ternura que salta como un torrente, vapuleada y flagelada.

¡Hete aquí ahora, acorralado por esta postrera explicación tanto tiempo aplazada, que ya no se trata de diferir, que ya no tolera simulación alguna, que ya no soporta huida alguna! Acorralado por esos irresistible diálogo, por esa consternante demostración que te persigue con su agresividad, con su infatigable argumento, tantas veces reiterado, y que te muestra el camino de tu caída, de tu perdición, mientras te conduce allí sin rodeos, con toda seguridad, ¡y la remata!

¡Prodigioso espectáculo al que fuiste invitado a asistir, tomando sin embargo todas las disposiciones necesarias para que no pudieras evitarlo!

¿Estás por fin suficientemente convencido de tu impotencia probada, consolidada, reafirmada, expuesta a la luz del día? ¿Te atreverías a negarla cuando la tienes en tus mismas narices, cuando se te administra la prueba contundente, irrefutable de ella? ¡Compruébalo, confiesa que esta vez ha llegado al colmo!

La has anhelado más o menos conscientemente, te has dejado encaminar hacia ella. Hoy, ya no puedes retroceder, dar marcha atrás es demasiado tarde. Ya no eres tú quien la busca; lo quiere ella. Te quiere enfrentado a ella.

Compareces ante tu juez, un juez intransigente, intratable, que goza de una autoridad indiscutible. Pórtate bien ante él, no protestes, no te subleves contra él. Preséntate sin parpadear a su anatema. Acepta como justas y merecidas sus imprecaciones. Resígnate y persuádate de la

excelencia de sus palabras. Deja que su látigo te enlace con su acerba carne, te bese con su salvaje y señorial autoridad.

Acompaña la mano que te azota. Espera a que su furia se digne a amainar.

Lo que experimentas a través de ti mismo, lo que aprendes a conocer en su plenitud, y hasta su más doloroso extremo, es ese inverosímil, pasmoso contraste entre tu virilidad expuesta, adosada a la picota, puesta a disposición del suplicio, tendía en jaque, y esa debilidad dotada del poder más gratuito que, desde lo alto de su desnudez socarrona y segura de su bravata, te arenga y, blandiendo y manipulando lo arbitrario, toma sobre la fuerza un tardío y flagrante desquite.

¡Tú soportas en tu carne horrorizada su terrible y sublime confrontación!

* * *

¡He roto conmigo mismo. Pero mi vida, ya cristalizada, tiene por fin la unidad y la cohesión que jamás había encontrado!

¡Ya no tengo por qué montar una guardia incesante ante mis intereses, servilmente por la conservación de mi en-lo-que-me-concierne, defender su celosa integridad! He desertado de mí, me he vaciado, deshecho, librado de mí. Mi centro de gravedad ya no está en mí. He cambiado de piel.

Y, no obstante, estoy tan lleno como si fuera a desbordarme y apenas si puedo moverme, pues alguien me ha sucedido, se ha instalado en mí.

Seguí paso a paso los progresos de ese fenómeno desacostumbrado; la efracción de mi persona por la de otro, la usurpación de una por la otra, su superposición final. La decapitación de mi persona sobrevive como un bien, un lugar, un territorio devueltos a otra persona, un enclave ocupado por

ella. Rehechos, repensados por completo de acuerdo a su gusto.

Le he transferido el poder, cedido los mandos. Mi voluntad se articula ahora en la suya.

En cuanto a mi orgullo, puedo afirmar que ha sido desmochado, aplastado como la cabeza de un clavo.

¡Mantendré firmemente y hasta el fin esta apuesta, llegaré hasta la etapa final en la que se consumarán la denuncia de mí mismo, la renuncia a mí mismo, su abolición!

** * **

¡Confíé tanto en el mundo, le di tanto valor, tuve de su ingeniosidad, su fertilidad, sus recursos y sus seres, una sed tan grande, una apetito tan vasto tuve tantas y tan desenfrenadas ganas de su belleza —al punto de querer ser dios para poseerla por entero, reunida como un rebaño, para contemplarla acumulada en su profusión bajo mi mirada, única e innumerables veces otra distinta, disímil y repetida (cada vez sólo con ese minúsculo y frágil pero suficiente y distintivo desfase) bajo la sucesión de las especies y la comunidad de los matices, al punto de querer serlo para despojarla, sin desecarla, de su vivo repertorio, y hacer un balance, un recuento y una suma— que finalmente, acabé siendo ya el que se prosternó ante la vida!

De mi prójimo hice mi dios. Me separé de los hombres para encerrarme mejor, en diálogo con él. No con un Dios caprichoso, alternadamente obsesivo y fugaz, inaprensible, imprevisible, sino con un Dios concreto, hecho como yo de carne y hueso, y que, al no ser un Dios de amor, para mí lo es de sufrimiento.

Un Absoluto que cohabita con la criatura, formando una unidad con ella con una criatura arbitrariamente elegida, agarrado a ella, encarnado en sus rasgos ante mis ojos, mirándome con sus ojos,

y que puedo tocar, ¡ah maravilloso equilibrio,
adorable amalgama de sangre y espíritu
indiscernibles!

¡Un Absoluto riendo a carcajadas, pimpante y
campechano, de humor festivo, fútil y locuaz!

¡Próxima, inmediata Divinidad, que es como el
resultado, el símbolo y el soporte de la Belleza del
Mundo, ya con cuerpo y rostro, ya palpable e íntima!

¡Realidad resumida, regimentada y, sin embargo,
más viva que nunca!

* * *

¡Oh Ama, cuánta razón tienes de hacerte una
litera con mi deseo y mi sufrimiento! ¿Qué lazo, qué
relación puede haber entre tú y yo, puesto que me has
prohibido acercarme, como no sea el sufrimiento?
¿Qué otra cosa proveniente de ti podría afectarme?

¿De qué otra manera podría franquear la
distancia que me separa de ti?

¿Cómo mostrarte mi gratitud por haber sido
admitido a compartir cada día de tu vida y tu
presencia, por haber sido introducido en el universo
que tus pasos circunscriben, por haberme convertido
así en solidario de este universo y haberme iniciado
hasta en el más secreto de tus méritos?

¿Cómo podría compensar la misericordia de ese
favor y de esa revelación y elevarme en pago de ello
hasta ti?

¿Con qué compararía tu belleza, qué pondría al
otro lado de la balanza, sino mi sufrimiento?

Lo reclamo como mi parte y mi haber. ¡Sólo el
sufrimiento me conviene; me conjuga a ti! ¡Sólo
gracias a él puedo aspirar a que repares en mí, a
distinguirme ante ti y a expiar por su intensidad la
desproporción que me distancia de ti, a igualarme, si
es posible, a ti!

¿Acaso no es para mí un modo de saborear tu

belleza, de sacarle provecho, el padecer un sufrimiento proveniente de ella, requerida por ella? (¿Y para qué te serviría esa belleza, si no te diera el derecho de distribuir el placer y el dolor?).

No escatimaré mi sufrimiento si eso te complace. Lo prodigaré sin cálculo Quiero que por su calidad y su pureza responda al ejemplo eminente que le propones.

* * *

¿Y qué otra cosa drenará mejor, extirpará mejor mi sufrimiento que el látigo?

¿Es acaso necesaria otra tortura distinta a esta, tan simple y magistral?

¿Hay acaso una tortura más regia que esta tortura en movimiento, flexible y alada?

¡Ligera e implacable!

¡Látigo saludable, sacramental, tú prolongas el brazo de mi Ama que recorre y lacera mi carne, a distancia, sin tocarla! Tu tralla, que se agarra a mí, es como la espina dentada de su voluntad.

¡Oh Matilde! ¡Por poco que ciñas la diadema, la tiara, como una emperatriz antigua, que hileras de perlas, enmarcando tu rostro bajen hasta tu pecho sacerdotal, cubierto de joyas, y lo dividan como maineles, yo me hundiré en tu copa, yo danzaré y giraré como un trompo, como una peonza, bajo el viento de tu látigo!

¡Bajo su verbo prolijo y en su espiral! ¡En su júbilo y en su demencia! ¡Al fin instalado en el centro del sufrimiento, en su fecundo brasero, y al unísono contigo en sus angustias!

HIMNO

¡Es un hecho! ¡Belleza, te apoderaste de mí! ¡Ante ti doblé la rodilla; humildemente, la frente baja, te

ofrecí mis muñecas y mis tobillos, y tú les pusiste los grilletes de la esclavitud!

Aquí estoy ante ti, inmóvil bajo el imperio de tu poderío y de tu gracia, ¡librado a ti!

¡Belleza, soy el prisionero de tu mirada! ¡Cuándo se posa en mí, cuando no ve sino al esclavo prosternado, más tembloroso de respeto que nadie lo ha estado jamás!

¡Prisionero de tus senos! ¡Cómo exulta, en su plenitud, tu garganta! Se ha convertido en dueña de mi alma y se ha apoderado de ella para siempre jamás ¡Qué mi alma ferviente y sumisa se complazca en venerarla; que sea consagrada viva a su culto!

¡Oh Belleza! ¡El torniquete constante de los grillos y cadenas con que me cargas a tu antojo, con que me ridiculizas y me oprimes, me ata menos, me somete menos a ti que el solo encanto de tu cuerpo! ¡Y que la armonía de su forma inscrita en mí! Las llamas de tu cabellera suelta, sus ondas que yo desenredo, estrechan mi corazón al igual que los más sabios lazos; y, más que ninguno, el más modesto collar, la más humilde cinta sujetando un tímido bucle de tu peinado, con esa insidiosa dulzura que les es propia, lo retienen en sus lagos.

¡Todo, hasta tus caderas y tu espalda, hizo de mí su obediente siervo, y tus piernas se levantan como las columnas perfectas a las que mi vida permanece atada, como vasallo y rehén de tu cuerpo sagrado!

Pero lo único que no conoceré de ti, Belleza, es la presión de tus dedos gráciles. Solamente ellos saben mantenerme tan atrapado bajo u inmediato poder; se apoderan de mis miembros, los animan a responder a la solapada incitación, a la pérfida solicitud de las cadenas, me entregan para que sacie su apetito, me arrojan como presa de su tacto helado, de su insultante abrazo ¡Ellos son los que, breves y festivos, suprimiéndome los brazos, cruzándomelos en la espalda, modelan mis miembros a su gusto, ligan y

atan mis manos con negligencia, como lo harían con un ramo, trenzan con cuero mis muñecas y, atenazando mis tobillos, me ofrecen indefenso a tu tiranía!

¡Qué admirable es un apego irrevocable, un pacto definitivo, una subordinación perfecta y absoluta! ¡Qué admirable es un esclavo totalmente destinado a la entera satisfacción de su amo, despojado de sí, de todo derecho y de toda pretensión sobre sí mismo, anulado, aislado, o más bien injertado en su amo, no subsistiendo más que como parte de él, sufriente, sin acceso al placer, y únicamente cuanto su más dócil instrumento! ¡Qué turbadora y excitante paradoja cuando ese amo es Ama, y que la única fuerza que mantiene al esclavo humilde y dócil bajo su férula de oro es la Belleza!

¡Oh Belleza! ¡Que yo sea menos que el más fútil adorno que te pongas, y permanezca colgado de ti como el medallón de marfil y nácar que pende de tu cuello! ¡Qué mi libertad sea cosa tuya; el juguete de tu placer, mi orgullo abolido, lacerado; y mi cuerpo siervo, un simple peldaño bajo tu piel!

Tú desviaste el deseo que volaba hacia ti, embrujaste su impulso, lo encerraste en el estuche colocado en la vaina precisa de tu voluntad; tú hiciste de ese deseo el dardo acerado, lacerante que me hiere en secreto.

¡Que yo tiemble, Ama mía, cuando oiga tus pasos; que viva en el respeto y el temor del menor susurro, del más leve roce de tus ropas! No necesito tu palabra, ya que los círculos que describe el amplio balanceo de tu vestido constituyen por anticipado y me transmiten tus órdenes, mudas y severas. ¿Hay acaso mazmorra más cruel, fortaleza más temible que el estuche precioso de tu blusa, que contiene, a la vez que hace gemir mi libertad, tu palpitante garganta? Según cómo te vistes, parecen dos frutos magníficos y dulces, hinchando su cáscara, dilatados en su tierno

recogimiento, como una copa acoplada, prestigiosa, colmada de una inapreciable felicidad; otras veces parecen el doble globo soberano, soberbio bajo el dosel, atributo de tu gloria, y también dos flores, inefables a fuerza de blancura, yaciendo sobre un lecho de seda.

¡Oh Graal prodigioso y reservado, ofrenda ofrecida y prohibida, tentación entregada a la pesadez para mejor infligirle un desmentido, verte no me basta, debo confesártelo!

Tú que te burlas a tu antojo de mí, yo podría, a mi vez, deshacer tu juego, apoderarme de ti y oprimirte en la caza de las palabras. Te cantaré bajo cada uno de tus aspectos, compondré la letanía de tus disfraces; movilizaré el vocabulario para rivalizar contigo en lujo y en talento; obligaré al lenguaje a que te siga a toda costa a través de tus metamorfosis, ¡aun las más imprevisibles!

Dispongo de mucho tiempo; dispongo de toda la duración de mi destierro de mi lúgubre exilio bajo la vigilancia del calabozo; dispongo de toda mi noche, interminable y aprovechable, tensa, iluminada por la fructuosa imagen en la que te he encerrado.

¡Oh Lenguaje! ¡Te enseñaré a da cuenta, sin palabrería, de la realidad, a ser adecuado, a cantarla como conviene! Te enseñaré a adaptarte a sus sinuosidades y contradicciones; a sorprenderla. Te engancharé a la epidermis de la realidad.

¡Te enseñaré a extraer y destacar las dos o tres palabras clave, bien elegidas, que de golpe abren de par en par la puerta que revela la imagen!

¡Oh Realidad, te atacaré de frente, me mediré contigo, te agotaré!

Hoy, separados por una blanca ensinada de carne, cincelados por los pliegues de la tela, parecen entreverse dos conchas finamente labradas, dos cascarones. Mañana, será el estallar de la seda bajo la presión de tus senos, entorno a los cuales los

pliegues de la tela girarán, dudarán, vacilarán y se extenderán como rayos.

Otros días, serás alternativamente simple y ligera venda, sin pretensión, bisel incisivo, arista fina al encuentro de dos planos, tallo, prisma deslumbrante recorriendo el busto; playa uniforme, inclinada, explanada majestuosa donde se derrama la luz, luz que precede y anuncia a mi ama espejo oscilante de satén, rutilante como un antiguo pectoral.

O por el contrario, como dos delfines juguetones, alertas, adiestrados fuera del agua, como dos extrañas y lindas carronadas, bruñidas, relucientes provocadoras, apuntando desde los costados de la nave, y para decirlo de una vez, como dos granadas brillantes y lisas, sonriente y cándida amenaza.

¡Pero, sobre todo, te amo dividida entre tu peso y tu impulso, esbelta como la ojiva, proyectada y curvada contra la voluta de la ola, transportada y atada como la gavilla, custodiada como el rico cargamento! ¡Y aún más, si está permitido, modelada, constreñida en tu leve armadura de tela, como una proa atrevida y generosa, como un doble estrave, hundida en mí como una cuña, la carena cargada de dulzura, de esa poderosa, penetrante, obsesiva y milagrosa dulzura que se ha vertido en mí, disolviendo toda fibra, manteniéndome en suspenso, estableciendo en mí su morada!

La forma acampanada de tu falda, ampliándose al sentarte, es como un acuario penumbroso donde, como truchas de vientre blanco, nadan y se desplazan tus muslos y tus piernas. Es como un habitáculo. Como la prisión en la que saboreo el amargo gozo de pertenecerte.

Sus pesados faldones de antaño, pesan sobre mis hombros, me envuelven como la capa de estameña del penitente, como la cortina de silencio y olvido que obstruye mi mirada y extingue mi deseo. A menos que esos pliegues rectos y apretados, como pequeñas

columnas, me construyan, al caer sobre mí, un claustro austero y riguroso.

El noble cinturón que ciñe tu talle, hacia el que acuden las redondeces que dan forma a tu falda, que yerguen tu pecho, lo eleva como un orgulloso copón tal es el altivo recinto amurallado hacia el que se abalanza mi libertad, en su premura y su ardor por quedar allí encarcelada.

¡Tus frívolos velos, oh Belleza, son las redes sutiles e indestructibles en las que quedó atrapada mi alma!

... No obstante hay días en que, deponiendo tu cetro, me concedes una tregua, aflojas las ataduras que se crispan en mis muñecas, me permites que permanezca a tu lado, y aceptas como un incienso el homenaje apacible del sufrimiento que me consume y el canto de renuncia de mi casto amor. Días en que algo así como una dignidad nueva, nacida de tu indulgencia, desciende hasta tu esclavo. Tu sonrisa de sultana llueve sobre él, arrodillado, como luz. El vestido de seda púrpura que te recubre te convierte en la más exquisita y adorable amapola. Y sus oleajes, bajo el gracioso voladizo, balcón encantador y deseable de tu garganta, inundan y bañan su alma, lo mecen y lo sumergen en el más dulce éxtasis.

Pero vuelven las horas, ay, en que, abandonando el sueño de descansar la cabeza sobre tus rodillas, tan cerca de la dorada jaula de tu vestido, el prisionero debe volver al lugar que le ha sido destinado y donde nuevamente se ve sometido sin consideración alguna a tu disciplina. ¡Dame la fuerza de no rebelarme jamás! Cuida, oh Belleza, de que tu voluntad, ahora en mí e inflexible, me permita realizar fielmente los más duros trabajos que tu rigor me imponga, de que no haya humillación hacia la que yo no me apresure y corra, si así lo exiges. Reprime cada equivocación y la más mínima reticencia Que tiemble, como ante el anuncio de un castigo, si alguna vez este pecho que tú llevas como un corazón desdoblado, partido en dos,

danzante y sobresaltado, cargado de vida, se alce repentinamente presa de una elocuente ira, que un divino terror se apodere de mí al ver el ímpetu de la furia que lo agota, al ver tus senos, esferas y magia y ternura, dejar su altivo reposo y, como proyectiles, tensar su honda de seda, y si alguna vez provocara tu furor adormecido, que se libere, me ataque, se estrelle contra mí.

Asimismo, oh Gata impasible y soberana, esfinge de terciopelo, de blando y opulento buche, si estar sometido a tu yugo, si obedecer a la inflexión de tus riendas me resultara demasiado suave, si me complaciera demasiado la delicia de vivir prosternado a tus pies, ¡castígame por atreverme a recibir de ti —yo, tu siervo— un placer culpable, sacrílego como todo cuanto pretenda desviarse de la inexorable penitencia que me has asignado; castígame, corrige el amor impío que siento por ti y la audacia de las caricias que te prodigo mentalmente! ¡No temas hacerme lamentar el instante de extravío en que te apoderaste de mí, en que me introduce en la jaula filosa de tus deseos, en que pasé a ser como un objeto en el huevo de tu mano, y menos que un guijarro bajo la arrogante espuela de tu tacón!

Ahora rodeas mis manos de una delgada cuerda, muy coqueta, que se balancea como un festón. Su complicidad burlona, su afecto socarrón me unen a ti, me acoplan íntimamente a ti. Me llevas detrás de ti, el corazón palpitante, hacia el calabozo. Me dejas allí. Me abandonas, susurrante, rumorosa de muarés y tafetán, llevándote con paso ligero mi libertad. No me queda sino esperar —los pies descalzos, trabado, encorbatado con un infamante cabestro, mortificado en la penumbra— el capricho de la pequeña llave lacónica, irónica y soberana que, allí donde tú vayas, oculta en el pliegue de tu vestido, me anexa a ti, pequeña llave que, al girar en la cerradura, me liberará para que vaya de nuevo, esta vez juicioso y

arrepentido, ¡a someterme a las ataduras y al fango de los que creí poder escapar!

¡Y, por favor, oh Belleza, si padecer los encierros más incómodos, si velar, de pie, a tu cabecera, sin flojear a pesar de la presión y de la contención de los más pesados grillos, en una dolorosa guardia, si las más penosas posiciones bajo el peso de las más brutales ataduras, ofrecido como un holocausto, dispuesto como para el sacrificio, te parecen una expiación demasiado ligera y fácil, si te apetece verme destruido, postrado a tus pies, envilecido, servil y marchito, sometido por completo a tu altivez y a tu desprecio, hundido sin recurso en el corazón del tormento, de rodillas y con mis dos manos prisioneras te presentaré el látigo, sin el cual no hay esclavo que valga, y con él marcarás mi carne hasta grabar en ella su injurioso emblema y hasta que por fin advierta la magnitud de mi esclavitud y la ilimitada fuerza de tu poder sobre mí, y así conozca y proclame tu reino, y grite tu triunfo!

¡Qué tu dulzura me maltrate y fluya sobre mí, que tu gracia me azote!

¡Qué la vara implacable que levantas sobre mí, flexible e imperiosa como tu talle, teja a mi alrededor su móvil y caprichoso lazo, esa prisión cambiante, sarcástica, que nadie puede esquivar, y su cruel cilicio; que su danza lasciva y despótica, su tenso y feroz abrazo me pongan, como jamás lo estuve, a tu merced, que ese azote justiciero —intermediario, íntegro y diligente, por ti escogido— sea el signo resplandeciente de tu libre albedrío!

¡Que yo sepa que tu antojo puede, en el instante elegido, volverme, con un solo gesto, loco de contrición y de arrepentimiento, que puede penetrar y anclar hasta en mi propia sangre, impregnándose de ella!

¡Por favor, oh Diosa, si prefieres mi sacrificio a mi vida dedicada a tu servicio, recibe la ofrenda que te

hago; inmola, siendo él mismo único testigo al esclavo jadeante que grita y expía u belleza; abrevia, oh Ídolo, el suplicio de su carne abrasada, inflamada de amor y de ultrajes, termina con su indigno sufrimiento, expandiéndolo como un perfume que celebre tu gloria!

* * *

Luc se acercaba a la meta, pero todavía le faltaba algo para alcanzarlo. Se sentía como un prisionero de guerra domado que ha asumido su estado. Lo que aún le faltaba era comportarse como un niño.

Lina parecía querer poner remedio a este fallo. Aprovechaba las ausencias cada vez más frecuentes y prolongadas de Matilde, o simplemente el que esta se hallara ocupada con sus cosas, para encargarse de Luc y llevarlo, a su modo, a punta de lanza. Pero una tarde en que su criado se le había resistido, lo denunció a su ama común para que fuera castigado de inmediato.

Matilde lo obligó a pedir perdón a la sirvienta, luego, tras atarle detenidamente las muñecas y los tobillos, sin preocuparse por el tulipán invertido, magnífico, de su vestido, lo acostó en sus rodillas. Cogió un pequeño látigo de varias trallas y le hizo sentir sin tardanza los tentáculos del insaciable y voraz instrumento, provocando la sangre y el ebrio dolor de su esclavo, estrechándolo contra el muro de su vestido y de su adorable pecho inclinado sobre él; después, le hizo beber a grandes sorbos el acre y horrible brebaje del sufrimiento y la vergüenza, y le arrancó su supremo y delicioso consentimiento.

* * *

Había ocupado el lugar del cielo una ceniza gris pastel, baja per inalcanzable. Debajo, el mundo del hielo se extendía por el parque.

La hierba del césped había desaparecido, cediendo su lugar a una sorprendente y prolífica floración de escarcha, ya campo de cristales profusamente esparcidos, ya corta sabana blanca bajo la luna, inventando nuevas gramíneas.

Así como en una noche había hecho germinar prados bajo la helada blanca, ese paisaje vitrificado poseía su poderosa vegetación compuesta de árboles negros, cuyos troncos y ramas sostenían el festival helado, iluminado *a giorno* de una admirable arborescencia, tan variada como los follajes y las floraciones múltiples de un vergel parecido tanto a la vertiginosa nieve de un cerezo o de un espino como a los frágiles penachos de los tamarindos, a los follajes exóticos y carboníferos de la hierba llamada cola de caballo, o asimismo a las gigantes umbelíferas, más altas que el hombre, y a los pinos parasol con agujas de hielo; algunos de estos árboles llevaban su generosidad hasta ofrecer a la mirada sorprendida la corona de la ulmaria, esa borla impalpable y embalsamada, ese pompón de incienso, aislado, inclinado sobre la orilla del río, ese rumor pegajoso y azucarado, esa mata, ese enjambre de miel y caricias, suave y licoroso, de la reina de los prados.

Aunque rudimentarios, desmochados, desramados, otros árboles también exhibían alrededor de su tronco una corona de nuevos brotes colgantes, recubiertos por una capa de escarcha. Estos recordaban las matas del muérdago parásito, los tallos de hongos, de sedosas vainas, de frágiles estalagmitas, o los finos candelabros con brazos de cristal.

10

Lina se había salido con la suya. Aprovechó bien la situación para someter a Luc a su voluntad. Lo llevaría agarrado por las narices. Y lo convertiría en un modelo de obediencia.

Para lo cual, era preciso que nunca obtuviera recompensa por sus progresos. Este fue el principio que su institutriz, en delantal blanco, siempre insatisfecha e insaciable, observó religiosamente. Para mayor asombro de su alumno, con incrementada firmeza y sin pausa, la mujer llevó su adiestramiento siempre más lejos, siempre más allá de sus demasiado modestas previsiones.

El tratamiento dio resultado. Lina logró sus fines. Luc terminó por trasladar a su vigorosa y hábil instructora, que lo mantenía a raya, los sentimientos propios del subalterno, conformes a su rango y condición, que profesaba por Matilde. A su vez, ella obtuvo de él una renuncia sin compensación de ningún tipo, una abdicación incondicional. Sólo durante los primeros tiempos, Luc llegó a reprocharse ese nuevo sometimiento como una debilidad reprensible, una traición, pero la fuerza de las cosas hizo que cesara de prestar atención a sus escrúpulos. Por si fuera poco, un enojoso precedente lo predisponía e incitaba a ello. Y, después de todo, ¿Lina no era acaso la representante permanente de Matilde, investida expresamente por Matilde de todos sus títulos, con

plenos poderes para valerse de ellos? ¿Cómo una réplica, otro aspecto, un segundo rostro de Matilde?

Ante el hecho consumado de sus decretos, ¿qué mejor, para atenuar su dureza, que convencerse de su legalidad, considerarlos, por exorbitantes que fueran, perfectamente lícitos y comprometerse, sin pensarlo, a obedecerlos siempre, a cumplirlos al pie de la letra, a toda costa?

Si al menos sólo hubiese sido su cuerpo el que, embriado, sometido, hubiera gemido ente las angarillas, pero la tutora que le habían impuesto desgarraba su espíritu, lo doblegaba, y su autoridad siempre más sofocante se hizo dueña absoluta e hincó sus inarraigables garfios. Así pasó a ser un simple mecanismo, sin iniciativa, engranado en su voluntad.

La criatura que le había puesto la mano encima, era una especie de buda familiar, grave, poco habladora, simple pero indescifrable, inmersa en su propia calma; muy segura de la suficiencia de sus dotes, de la riqueza convenientemente administrada de un cuerpo apenas un poco entorpecido. Satisfacción sin mácula, agradable a la vista, ninguna turbación parecía capaz de inmiscuirse, ninguna injerencia proveniente del exterior parecía estar en condiciones de inquietarla. Debajo de sus blusas de cuello alto, blancas o celestes, a las que se mostraba tan aficionada, la ternura compacta y contraída, flemática, que llenaba su pecho, adquiriría el aspecto de una especie de blindaje ofensivo, ventajoso, susceptible de ser admirado, pero que a la vez daba la impresión de protegerla contra cualquier actitud irrespetuosa.

Puesto que se había abandonado tan fácilmente a su jurisdicción, Luc habría deseado a veces, a cambio, descansar por unos instantes su cabeza

exhausta en la mansedumbre que, a pesar suyo, no podía eludirse de ese seno severo e irritable, en el hueco de la falda, allí en el golfo del delantal, esa ensenada donde van a morir las olas, hacer un alto, refugiarse, en fin, en el regazo rudo y maternal. Pero estaba excluido de ese cobijo que no quería admitir la compasión. Su única recompensa, la única muestra de estima era el castigo. La norma a la que se hallaba sometido era incorruptible y su principal virtud era precisamente no cejar ni un solo instante.

De modo que fue constantemente vigilado; ya no hubo ni pecado venial ni minucias, sólo hubo perjuicios y crímenes de lesa majestad. Su segunda ama hizo de la lengua desatada del látigo el intérprete habitual de sus exigencias. A la menor falta, lo cruzaba, como un relámpago, con su trazo cáustico. Eso le bastaba para provocar el arrepentimiento de un sirviente reacio y para devolverlo al buen camino.

Luc podía saborear a sus anchas la escocedora dicha de la esclavitud, podía paladear toda su hiel. Terminaba por donde, demasiado a la ligera, había empezado: al obligarle, ente otras cosas, a frotar el suelo con el pie durante largas horas, Lina le obligaba a parodiar personalmente lo que había sido el preludio de su entrega amorosa a Matilde; con la diferencia, sin embargo, de que ahora ya no lo hacía libremente, por propia voluntad, sino por la comodidad y la tranquilidad de espíritu de Lina, con las muñecas debidamente atadas a la espalda. Salvo que no lavara, hasta la náusea, corredores, escaleras, baldosas y mosaicos.

¿Cómo se explica que Luc no se opusiera con mayor energía a tales vejaciones, tan abusivas como degradantes? ¿Qué dejara zaherir hasta tal punto su amor propio, que olvidase, al menospreciarse así, el más mínimo sentido de la

dignidad? Tendríamos que creer que recibí en secreto alguna indemnización, que hallaba un sabor insospechado a la inverosímil situación que vivía y que le permitía soportarla, que llegaba al extremo de otorgar un sentido y un valor a las mismas vejaciones que padecía.

Claro, revelarse no era nada fácil. Pero cualquier veleidad en este sentido era tan breve, tan débil y accidental, que, en efecto, no había más remedio que suponer que, comprometido en una experiencia, incapaz de renunciar a ella, negándose a ver que estaba degenerando y se volvía cada vez más absurda, Luc cedía a la tentación de proseguirla ciegamente, sin detenerse en el camino, y empeñaba todo su pundonor en no desdecirse; que hasta lograba transformar las iniquidades de que era objeto, los daños físicos que le eran inferidos, en singulares y furtivas oleadas de felicidad; que, a su juicio, lo agradable superaba aún lo intolerable.

Lina no dejó ni por un momento de explotar las notabilísimas disposiciones de su catecúmeno. No le dio respiro. Cuando no sudó trabajando bajo su infatigable aguijón, por la menor falta se vio de nuevo en el calabozo, encerrado bajo llave, tras haber sido juiciosa y artísticamente colocado, con meticulosa solicitud, en una posición u otra, según su variable y refinado criterio, para toda la noche. Con mayor frecuencia, lo ponía arribado a la pared, sin tener dónde apoyarse, piernas y brazos atados a la espalda y un collar en el cuello a modo de grillete.

Lo ataba la misma mano firme, precisa, tranquila y fría que hacía unos instantes anudaba con dos lazos rápidos los cordoncillos de un delantal. Salvo cuando las glotonas esposas se cerraban con ese mordisco impaciente y brutal, con ese chasquido seco de posesión definitiva y

muda satisfacción.

No le quedaba más que reflejar sin fin sus pensamientos sobre el cuádruple espejo de piedra del calabozo en el que había sido confinado, balanceando en su soledad y su recogimiento la girándula elegante y eterna de sus cadenas.

Sin aire, sin luz, le habían robado el día. La vida transcurría por encima de su cabeza. Como si la hubieran mantenido a la fuerza bajo el agua.

Cual una pesada tapa, la voluntad de su profesor se abatió del todo sobre él; Luc fue rehecho, amasado y modelado a su conveniencia. Fue sumergido y derretido en el seno de su poderío, asado a fuego lento sobre una brasa uniforme, atiborrado de su libertad burlada y reprimida, impregnado y embadurnado de vergüenza, aplastado cual mijo en el mortero.

Por todos lados, se hallaba rodeado por la sorda presencia que emanaba de ese cuerpo que, sin embargo, se complacía en disimularse detrás de la austeridad de una blusa que lo sustraía a la mirada como una casulla, pero, aún así, traslucía la perseverancia y el esfuerzo de su denso y generoso empuje. Presencia que lo cercó obstinadamente, lo expulsó de sí mismo, lo reemplazó, lo absorbió. Presencia en la que su vida podada, escamondada, se había envuelto. Indefectible presencia nutridora que se había introducido en él y lo envolvía.

Los miembros entrecruzados como aspas, mientras los párpados pesados, colgantes y abombados de su preceptor bajaban bajo el ángulo negro de sus cejas, pesaban sobre él, lo confirmaban en su servidumbre, lo mantenían en su lugar, a la altura de sus tobillos, en el nivel servil donde yacía aplastado, degradado, asistía a la lenta descomposición, trituración, mortificación de su deseo en cuclillas, arrodillado, amordazado

y lastrado de un plomo que él fomentaba como una ceniza al rojo vivo.

Tenía por reducido horizonte la falda de su preceptor, tensada sobre sus rodillas que caía recta como una rígida pared, como un cofre cerrado, impasible, insensible, inexorable.

Luc se adhirió a su voluntad y llevó su marca, llegó a ser de una docilidad y una maleabilidad extraordinarias. Fue una prolongación de Lina, un órgano pasivo que respondía a cada una de sus decisiones con una fidelidad y una seguridad sólo comparables a las de su pulgar obedeciendo al acto a los movimientos que ella deseaba verlo realizar.

Una máquina. Tras haber aceptado que otra persona tuviera su alma.

* * *

Ya no se trataba del terror dorado, de la dictadura de la Belleza. Era algo muy distinto. El reinado a través de Lina iba adquiriendo un matiz inquietante.

La belleza de Matilde lo había envilecido; culpable ante ella, había pagado con magulladuras y ultrajes hechos a su cuerpo y a su vanidad y, como hubiera dicho un físico, mediante su sufrimiento, encontró en ella una resonancia, sin embargo, aceptar ser su subordinado lo había enaltecido y él se había enorgullecido de pertenecerle. Pero apenas consumada su ascensión, no pisó más que por unos instantes las alturas que había alcanzado, carente del poder necesario para establecerse allí: un peligroso declive lo atraía, un cráter de volcán lleno de sombras sospechosas y funestas, sin fondo, hacia el que Lina lo empujaba, lo arrastraba, hacia el que rodaba. Instigado por ella, Luc empezó a bajar, a

hundirse progresivamente por debajo de sí mismo.

Era como si le cediera poco a poco su propia conciencia de sí. En una suerte de desplome, de apisonamiento, de retrogradación y de retracción voluntarias, la cabeza metida en el pecho, la conciencia casi asfixiada, casi apagada, empequeñeciéndose y sumergiéndose en lo opaco, yaciendo y resquebrajándose en él.

Él, enamorado de la luz y que alimentaba la alta llama de una inteligencia presuntuosa y viril, se encaminaba —guiado por la capciosa promesa de un paraíso estrecho y oscuro, innombrable, en cuyo fondo intentaba reabsorberse— al encuentro de la extinción y el hundimiento, de una desaparición en el interior de sí mismo.

* * *

Los días de colada, Lina, calzando botas de goma flexibles y relucientes, se cubría enteramente con esta materia, colgaba del cuello un pesado y deslizante delantal impermeable y se ponía guantes de goma. Así equipada, cuando Luc había cometido alguna falta, lo tumbaba en sus rodillas y, tras atarle cuidadosamente pies y puños, como si hiciera un ajuste, lo castigaba metódicamente.

Luc pasaba a ser entonces esclavo de una extraña lavandera moderna, camarera, ayudante de laboratorio, obrera en una empresa de productos químicos. Pertenecía a una curiosa criatura, semigoma, a la vez matrona y robot.

Entraba así en contacto con su primitiva inmediata materialidad, sorda a cualquier recriminación, a cualquier queja, pegado a ella, reincorporado y devuelto a su mutismo.

Deshielo. La crispación de la escarcha se afloja. Termina su contención. Los cristales bajo la alfombra puntiaguda y erizada que detenían el fluir del mundo y lo inmovilizaban, se disipan, se evaporan. Los follajes de hielo se vuelven más tenues, se debilitan, la niebla se aleja, se retira, reaparece el azul del cielo, pero un azul aún sufrido, impregnado de gris, aunque liberado de su polvo húmedo.

Altos árboles rectos, escamondados, reducidos a su tronco negro y a los muñones de dos o tres ramas seccionadas, se alzan en la atmósfera límpida y fría, sumergidos, pero inmóviles, en la viva corriente del viento invernal. Resisten al desplazamiento líquido y permanecen en su lugar como los árboles anegados en una orilla hundida, o como alargados álamos frondosos, inclinados, hundidos en el agua calara, mientras las redes de la corriente se anudan en sus frágiles ramas.

11

«He sido blando, cobarde ante la belleza; me prostituí por ella. Ahora, es demasiado tarde para tratar de recobrarme, para desdecirme, y negarle los derechos que ha adquirido sobre mí.

»He sembrado la crueldad en ti, Matilde, la he injertado en tu dulzura. Tanto peor para mí si ahora recojo los frutos, si no hago más que rumiar su perniciosa y deprimente voluptuosidad».

Ella había ocultado toda realidad; el mundo había quedado reducido a sus dimensiones. Al apartar igualmente a la vida ruidosa, los había dejado de lado a los dos, y ni siquiera los juzgaba. Pero, ahora, se producía el desencanto, la lasitud y el asco ante el estado de corrupción y deterioro en que había caído su existencia. Empezaba a sufrir el descrédito que había arrojado sobre su persona y la crítica hacía su aparición. Esa fuga de dos personas, esa escapada fuera de la condición social, de la época, de la realidad cotidiana, perdían poco a poco su carácter heroico y místico, le pesaban siempre más, y su carga se volvía insoportable. Su experimento se degradaba, se viciaba. A veces, veía en él la inanidad, como una trama que se hubiera puesto de pronto en evidencia.

Pese a las exhortaciones que se dirigía, se sorprendía denunciando el sofisma en cuya trampa había caído. Era tanto el sufrimiento inútil, nefasto, detestable, padecido por su cuerpo, que

había intentado negarlo, excederlo excepcionalmente, superarlo convirtiéndolo en deseo y elaborándolo como un todo, y que había querido concebirlo como una obra, como un poema. Pero ahora ese mismo sufrimiento, del que había querido tener la iniciativa y conciliar como un canto al lirismo que bota de la belleza, le parecía vano ya aberrante.

Había hecho la prueba, mediante el absurdo de su utópica y lírica teoría, imprudentemente llevada a la práctica, pero era una prueba que, lejos de confirmarlo en sus extravagantes propósitos, se volvía desventuradamente en contra suya.

Había querido purgar el amor de ese deseo egoísta y brutal de captura y posesión, y de la vanagloria de esta posesión que por regla general lo conforma en gran parte. Había querido un amor que no fuera más que admiración del objeto amado, desinterés y liberación de sí mismo.

Pero la pura contemplación había resultado imposible: al no querer el placer renunciar a sus derechos, tuvo que abrirle, pues, otro camino a ese placer; la contemplación había caído en la orgía del envilecimiento, y el placer, al descubrir el movimiento del sufrimiento, había hecho suyos su ritmo, su cruel cadencia.

Asimismo, había tenido la debilidad de tomar en serio, al pie de la letra, aquello que hasta a su compañera no escapaba, aquello a lo cual, de haberlo meditado, no habría otorgado más que un valor muy relativo, una significación accidental. Los artificios de su coquetería, los cambios incesantes de trajes, en fin, todas esas gracias satélites con las que se adornaba y que parecían serle tan afines, ¿acaso no eran simplemente los indicios de una inclinación por sí misma y no representaban la preocupación muy natural de

destacar, explotar y consumir su belleza, simples cebos, divertidos subterfugios, o acaso eran realmente las manifestaciones de su poder, sus elementos intrínsecos, como lo pensara Luc? ¿No había caído en una trampa? Ya no lo sabía.

De pronto, su amor le parecía una herejía, una chiquillada, una alucinación descabellada que había laboriosamente fomentado. Así, en ocasiones llegaba a maldecir ese amor monocorde, obsesivo, fastidioso como una pesadilla.

Su celo se enfriaba, se preparaba la insurrección. Pero, perfecto reverso de la medalla, Lina parecía adivinar sus pensamientos, incluso las ganas de matar que lo acometían por momentos, y no lo perdía de vista.

Y, sin embargo, aún no estaba vencido, aún no había llegado al fin de su sueño. Todavía encontraba la manera de dejarse invadir por un renovado fervor y de recrearlo amorosamente. Matilde aún sabía reinar sobre él y hacerle admitir sin réplica su reinado. El balanceo de sus senos repercutía aún en modo salvaje en Luc, sacudiéndolo con su vaivén, y sonaba victoriosa, ruidosamente en su pecho sumiso. En tales momentos, nada era más importante, nada podía contra la inaudita dicha de esa posesión consentida. De nuevo, pues, experimentaba el deseo de compartir esa belleza dejándola intacta. De nuevo se ponía el freno en los dientes, recuperaba con ebriedad, con una renovada lealtad, el código, la actitud y el ceremonial que le habían sido inculcados. Sus cadenas eran de oro.

* * *

¡Amazona en corta túnica blanca cuya corola de raso se abre en pliegues, como una media enagua, bajo el espeso cinturón que maltrata el

talle, ángel con botas, vigoroso y espléndido, de altivos pechos y blandiendo el látigo; valquiria llena de gracia, exhibiendo su joven orgullo, hermosa y libre!

¡Visión olvidada en el desván penumbroso de la infancia, reaparecida en el sueño de Luc, surgida de un salto, fulgurante, como una bailarina proyectada por encima del escenario!

El arcángel deja la pista, se desvanece. Ahora es Matilde quien preside su sueño, deteniéndose a medio desvestirse para meditar, las piernas cruzadas, como al borde de un ventisquero, sentada sobre su vestido, levantado y arrojado hacia atrás, rodeándola como la cola de un pavo. Ahí está, sola, ociosa, doliente, de bruces, al borde de la cama, los brazos colgados. Luc se agarra a la landa velluda, a la rubia y casi invisible vegetación, inclinada como una fuente hacia los flancos. Se ha dormido. Ahora se sienta, de espaldas, mostrando su grupa como un bulbo de cebolla. Semivestida, se levanta, se agacha para volver a ponerse las pantuflas, sus nalgas apetitosas, panzudas como dos damajuanas. Pero rápidamente, esconde la indiscreta impertinente acrobacia de su pecho ya redondez de su trasero. Ahora se amuralla en una armadura doblemente puntiaguda, bajo la pared de su faja estrechamente ajustada, que la calza hasta los senos como un guante y a la cual las ligas sujetan la parte superior de los refinados quijotes de las medias sobre las que se entrecruzan los cordones, anudados muy arriba, de los zapatos: ¿acaso va a la guerra, acorazada así de los pies a la cabeza? ¡No! Ya no es la mujer enfundada en una ligera coraza reluciente y medieval, o en ropa interior negra, flor negra, lago y laca negros, lava negra derretida y derramada sobre ella, tomando vida con ella, ya no es el escudero de salón, a la vez

caballo y caballero, es una Matilde completamente distinta la que aparece con pasos medidos, con el andar de una reina, envuelta por las miradas, una hermana de la Eva animal de hace un instante, encerrada en su desnudez, descansando los brazos cruzados detrás de la cabeza, estirada en la satisfacción de su carne, o sentada, cogiendo con la mano la punta del pie, el muslo levantado como una guitarra; una hermana, pero más todavía una extraña que ya no la conoce, que ya no quiere acordarse de ella.

Blanquísima, minuciosamente modelada, deambula, metida en un monumento imponente, de capas y paneles superpuestos, contruidos con materiales tejidos a mano, escogidos y suaves, hecho para que uno se enrede como en una tela de araña; pesado tapiz y mariposa, del que ella es el pretexto, el eje carnoso y vivo. Flor dotada de movimiento, evolucionando, migratoria.

De pronto, se produce un cambio, como por encanto. Abandonando su reserva, su discreción de altura de labios finos, el pecho nevado, cubierto de plumitas imbricadas como escamas, mascarón de proa, majestuoso, de cisne, realzado por cadenas de perlas, como gotas de agua, ella da vueltas por el lago, baila. Eje, alma de la danza que aprisiona el tiempo, barre el espacio con su vestido ondulante, ligeramente levantado a su alrededor cuando gira, como un pavo real. ¿Por qué habría de detenerse el vals?

El vals se convierte en lamento, en canto acompasado y nostálgico, ritmado con golpes sordos, llegado de lejos a través de la selva tropical, como los latidos del corazón del tiempo, la pulsación de sus entrañas. Ella sigue bailando.

El corazón de piedra del invierno se ha derretido. Tregua. En el jardín, Matilde, tras haber examinado, ajustado la panoplia demasiado

complicada de su belleza, es otra vez una joven adolescente. Desdeñando por un tiempo el perpetuo disfrute de sus atavíos, su ordenanza protocolar, su procesión superlativa, cada día más considerable, su competencia, ¡los ha arrojado al viento!

Camina en la claridad, la frescura, la despreocupación de las telas estivales. El escote cuadrado de su vestido, recta y tiesa cortina, corta en seco la frívola redondez de sus senos y, al descuidarlos, no hace más que poner en evidencia, subrayándola, como quien no quiere la cosa, su maliciosa presencia.

Se entrega a sus placeres, de los que conserva el monopolio. Luc está a su servicio, no existe más que para su diversión. Sirve de pretexto a su alegría. Cuando ella no lo utiliza, pasa y vuelve a pasar sin verlo, sin echarle una mirada, sin tomarse el tiempo de hacerlo, considerando que bastante tiene con su propia vida. Él está bien donde está, mantenido aparte, olvidado, pero disponible para el caso en que se lo necesite.

En compensación se le ha dado la ascesis y la continencia; se le ha propuesto y definido como tipo de vida la asiduidad y la frugalidad. Se lo han repetido muchas veces; ahora ya lo sabe. No es preciso volver a decírselo. Que se adapte y lo aproveche. Que no vaya a creer que está autorizado a aflojar un solo instante su tensión y a salir de su expectativa. ¡Bien puede darse por contento! Que espere...

Es como el galeote, perdido entre sus congéneres, casado con el remo, mediante el que una gran dama, con todo el aparato insolente y autoritario, arremolineante de sus volantes, que ha venido a visitar al capitán, trepa a bordo de la nave. Parece no ver, ni comprender. Parece ignorar la afrenta que les hace, no dará ni un paso

de conmiseración hacia ellos. Vive en otra esfera y atraviesa el mundo de las larvas bien provista, protegida contra sus salpicaduras. Estrella incólume, de visita entre los gusanos, sin perder nada de su prestigio, sin ceder un ápice de su resplandor. Eliminándolos, apartándolos por segunda vez. Corcel egoísta protegiendo la pureza de su mirada con sus anteojeras de lujo, caracoleando y sin alterar por nada en el mundo su paso, habiendo asumido, hecho suyos toda la belleza y el placer del mundo, encontrándose muy a gusto así, considerándolos, de la manera más natural, como, como su propiedad personal. Los demás no los necesitan. Además, ni siquiera saben que existen. Con ellos, pues, nada en común.

Y, sin embargo, son sus propias blancas manos las que lo sueldan al remo, para siempre... Jardín. Ballets de flores. Sol en lluvia. Azulinas. Coronas de hierro dentadas, como con pequeñísimos arpones. Diademas góticas, lanceoladas, puntiagudas. Lirios. Llama suntuosa y majestuosa, brío tornasolado, lengua y capa de piel, terciopelo místico de los lirios. Más lejos, los mismos, pero pálidos: matorrales de cuchillas estilizadas, ramo de lenguas rígidas, manojo de rígidos juncos, recortados de un vitral, friso hierático, rosetón y palma al ras del suelo y, por encima, pájaros encaramados, nobles, celebrando su silenciosa reunión, aislados en su sueño, extraños danzarines en su columna, erguidos como estilitas, olas embrujadas, volutas inmóviles, farolas adormecidas, llamas melancólicas.

¿Qué es esta forma sumergida, curvada bajo la miseria y la desgracia, absorbida por la sombra salobre como el agua de un estanque? ¿Será Matilde en prisión? Sus cabellos están encapsulados en un pañuelo de tela blanca que engloba su nuca y su cuello como una toca, se

enrolla sobre sus hombros como una bufanda, rodea su rostro como un marco oval. De rodillas, diminuta, como una cierva herida, con los corvejones cortados, se alza sobre el pedestal de su falda de campesina en la que termina, con mangas largas y angostas, levantada y ajustada a la cintura, una sobreveste medieval, como una segunda falda levantada a la altura de las caderas. Antes de que se haya tenido el tiempo de doblarle y atarle los brazos, al igual que se cogería con pinzas, aplastándolas unas contra otras, las alas de una ángel, ella junta las manos e implora.

Prisionera demasiado hermosa. Sueño de un sueño. Lamentable e ilusorio desquite. Sería una locura creer que Matilde se deja arrebatar tan fácilmente su poder.

Negro. Negro dorado. Oro negro. Negro tierno, brillante, donde se ha sumergido y de donde brota la luz. Estuche oblongo de nieve negra, cálida y viviente, que forma un único cuerpo contigo. Cofrecillo. Pulpa oscura y reluciente. Miel. Movimiento de oruga del terciopelo.

Pelaje suave, corto y profundo. No pilosidad, sino ropaje velludo. Abrigo de piel, pero raso, donde se ha agazapado y encerrado la luz.

A través del sueño precario del alba, acosado por el día, renace, en él, ya no temeroso, truncado, laminado, comprimido como un resorte, sino de pronto otra vez en posesión de toda su juventud, un deseo; el de un contacto y de un abrazo, el de una reunión y una inserción más profundas, con los brazos entremezclados, preludio de una desfloración, de un rapto.

Perderse en ella, saciarla, amamantarla; irrigarla cual arena ávida.

Saborear en el interior del fruto. En su cavidad.

Pero Matilde, atenta, erguida sobre su sueño, vigila; se hace desear. Se apoya en él con toda la

fuerza y la precisión de ese deseo erguido a su lado, tenso hasta romperse por alcanzarla, y que magníficamente ella rehúsa.

Lo dejo solo en el circo, a merced de los furiosos y frenéticos leones de su deseo, que muestran sus encías y sus dientes.

Prisionero de su deseo, en el interior, como una mujer encinta.

Mejor aún, definitivamente puesto fuera de combate, descuartizado, clavado con alfileres en la ridícula y simétrica elongación del descuartizamiento. Ya no blanco aglomerado, cernido, roído como un pollo atado de la pata a una estaca; ya no estirado estúpidamente cara al cielo, bostezando a los cuatro puntos cardinales. Izado, por el contrario, en doble diagonal, abierto, expuesto cual planta en el herbario, cual estrella de mar. Que sea embargada, en el día mortecino del

in-pace

, la bestia en la que late su corazón, que sea puesto en escuadra, rígida gárgola llorosa de Notre Dame. Que a plena luz sea exhibido, expuesto ante toda una población, amarrado de piernas y brazos a las cuatro extremidades, que jamás estuvieron tan lejos, como un barco a la pared del muelle.

Matilde le hostiga y le asedia. Le persiguen, sin moverse, los dos gatos azules de sus ojos, estirados bajo sus párpados:

Te amarraré a la argolla de mis mulas, te unciré como a mi ganado, te pondré un cabestro y te tiraré de una cuerda, te engancharé a mis caprichos, te enjalmaré y te haré dar infinitas vueltas alrededor de mis deseos.

Sabrás qué es el acero. Ya no serás tú, sino yo, un apéndice de mí, indigno y vil.

Te enjaularé como a un grillo, te ataré como a una gavilla, te precintaré, petrificado, al mármol de

mis columnas, como una cariátide. Te pondré rodrigones como a las vides. Te ajustaré y te envolveré como un paquete. Te colgaré y ahumaré como un jamón.

Ocultaré tu vida como una funda, la encerraré en las anteojeras y la cogulla de la penitencia, la revestiré de una materia hermética, de una membrana de silencio y oscuridad, la obturaré por todas partes, la mantendré quieta y muda, inmóvil bajo mi poderío, cual huevo en su cáscara.

¡Después, en otros momentos, te llevaré a pacer, a rumiar apaciblemente la hierba del sufrimiento!

¡Llegaré a la perfección, lograré una obra maestra!

Y aún si tuviera que fracasar, que conocer la miseria, suceda lo que suceda, por bajo que caiga, por desprotegida que pueda hallarme, tendré el consuelo de pensar que siempre habrá alguien más desgraciado que yo, tributario hasta de mi propia miseria, retorciéndose en su celda, con las manos clavadas a la pared, pesando y sopesando indefinidamente la tara de su esclavitud...

De no ser por la contorsión del incomprensible placer que experimentaba, hubiera podido creer que se encaminaba beatíficamente hacia el sueño de la muerte.

12

En otra ocasión, Luc soñó que Lina opinaba que era un privilegio excesivo el hecho de que disfrutara del aire y la luz, que los recibiera inocentemente en pleno rostro y los disfrutara como cualquier otra persona. Era demasiado que aún conservara una apariencia humana, que tuviera derecho a ostentar un rostro humano. Que no estaría nada mal, por el contrario, que incluso su aspecto exterior llevara la marca y la máscara de su condición, que la revelase claramente y que esta lo modificase por completo; y que, a través del espesor de una librea apropiada, la luz sólo le llegara debilitada, medida, velada. «Entra ahí».

Uniendo el gesto a la palabra, le obligó a que pasara las piernas y luego el resto del cuerpo en una extraña indumentaria, especie de combinación ajustada, de plástico, de una sola pieza, transparente como la piel de uva. Lo había enfilado hasta la cintura. Lina le hizo poner los brazos. «¡Vamos, la cabeza también!».

Vaina perfecta, la membrana elástica se adapta al cráneo, lo enjaula, lo aprisiona y se amolda como una mano húmeda a su rostro. Sólo emergen los pies y las manos. «¡Hala!».

Lina desliza, dando muestras de satisfacción, la cremallera mediante la cual esta insospechada combinación se cierra y se abre de un tirón como una piel de plátano. Otro cierre semejante y horizontal le permite suturar a su antojo la boca.

«¡Punto en boca!... Ajá, qué tal... ¿Te parece bien? Hecho a medida. ¡Al pelo!».

¿Se ve a sí mismo, Luc? Momificado vivo. Bufón mudo, encerrado en su aturdimiento. Batracio escamoso. Sapo. Gusano blanco. Larva plana. Criatura inferior relegada al mundo de los limbos, cumpliendo allí su noviciado, tras colocarse el opérculo, revestido el tegumento, asumido la crisálida y el sayal de la esclavitud. Metamorfosis experimentada a la inversa.

No tanto oso, al que sólo le faltaría un collar de perro claveteado y un cascabel, sino chinche de feria. Chinche doméstico.

«De esta manera, tu rostro ya no irritará nuestras miradas y ya no sentirás la tentación de creerte, de imaginarte aún semejante a los demás seres humanos. El aire y la luz no están hechos para ti. Te corresponde la penumbra, ser prisionero hasta en tus cinco sentidos y en toda la superficie, en la totalidad de tu epidermis. Hete ahí enmarañado, uncido de tu esclavitud, sin que ningún rincón de tu cuerpo quede a salvo. Que te contenga. Que se te pegue a la piel, que te unte de porquería, que se te enganche».

«No más allá, sino *más acá* de la vida».

—¡Y ahora, a trabajar!

Grotesca vestimenta, oclusión,
emparedamiento en sí, en su entumecimiento,
regresión al estado larvario que no hubiera
desaprobado bajo su cogulla, frunciendo el hocico,
el amigo *Ubú*.

13

—¿No te sorprende la dignidad que conserva, pese a todo, en su degradación?

—Lo que yo noto, sobre todo, son sus admirables disposiciones para la vileza. Pero puesto que usted me habla de esa supuesta y enervante dignidad que le queda, es precisamente de lo que me gustaría que se deshiciera. Querría que padeciera su suerte a pesar suyo, que por fin se decidiera a gemir, a suplicar, a implorar compasión. Querría verlo revolcarse en la bajeza y hundirle las narices en ella.

—¡Lina, qué crueldad ocultas en tu carácter reservado!

—Señora, usted me ha indicado el camino. También vuestro devoto esclavo. Él busca la humillación, toma la delantera. Absorbe el sufrimiento como una esponja.

—En verdad, no esperaba que desempeñases tan a conciencia tu papel.

—Tiene lo que merece. Está empezando a mostrar su descontento, a morderse las uñas, ya no encuentra la cosa tan divertida. Peor para él. Debe tomársela con él mismo. Sería una lástima dejarlo precisamente ahora que va por el buen camino, y justo en el momento de mayor interés, cuando verá superadas sus ambiciones. Me propongo hacerle pedir compasión.

—Te lo prohíbo, te prohíbo que lo persigas, Lina. Lo que me dices es monstruoso.

—¿Es usted la que habla así, señora? ¡Ahora se asusta! ¿Acaso tiene miedo de las palabras? Mi crueldad, como usted la llama, no es más monstruosa que la estupidez de ese hombre.

—¡Cállate, Lina, por favor!

—Señora, no la comprendo. Sin embargo, yo la creía por encima de cualquier prejuicio. ¡Tiene usted una suerte única: le ha caído entre las manos lo que nadie tiene, ni tendría la audacia de desear en su fuero interno, hasta tal punto es algo inusitado y has impensable! Por lo tanto, aprovéchelo. ¿Acaso le está fallando el valor? ¿Tiene remordimientos? ¡Al diablo con los remordimientos!

—Hay días en que tanto sufrimiento derrotado, tanta generosidad despilfarrada me repugnan; días en que me siento cansada de todo eso, en que las inútiles cadenas de mi prisionero me pesan...

—Usted está agotada, se aburre porque le falta imaginación, señora, o porque no se atreve a usarla. ¿Acaso ha pensado en todo lo que todavía puede obtener de él? Si yo estuviera en su lugar...

—Lo que has hecho es ponerte demasiado en mi lugar. Rebasaste mis órdenes. Me asustas. Y fue tu conducta, precisamente, la que me hizo reflexionar. Tengo miedo, Lina. El sufrimiento produce siempre más sufrimiento. Una vez que lo desencadenamos, la violencia se engendra por sí sola. Cuando se ha empezado, ¿en qué momento detenerse? ¡Es como tener un abismo ante sí!...

—En cambio, a mi me parece que usted le hace la vida demasiado fácil. Escribe. Lee. Lo he sorprendido.

—Es lo único que le queda.

—¿Le parece poco? Por otra parte, dicho sea de paso, creo que eso la halaga.

—A veces me pregunto si no estoy soñando, si soy yo misma quien pude llegar a eso. Dejarme

arrastrar, atreverme a todo eso. Y ya ves, desde hace un tiempo cada vez me gusta menos. Volver a una vida normal, modesta, eso es lo que necesitaría, eso es lo que me gustaría. Renunciar a ese lujo, a esa fastuosidad, a toda esa existencia mundana a la que me lancé, a todas esas recepciones. Ya es tiempo de acabar con este episodio. Y que todo vuelva al orden.

»Tú querías acorralarlo, llevarle hasta el límite de su desesperación; pero te diré algo: yo, en cambio, siento la necesidad de rehabilitarlo.

—¿Qué hará?

—Me pides mucho. ¿Cómo quieres que lo sepa? Todavía no tengo idea de lo que haré.

—Usted no tiene el valor de perseverar y tampoco el de separarse de él. Usted siente más apego por él de lo que quiere confesar. No lo niegue, señora. Ya me he dado cuenta. Siente afecto por él.

—¡Por favor, Lina, ahórrate tu perspicacia, y no digas tonterías!

—Ni digo ninguna tontería. Usted espera que yo la ayude a aclararse. Pero no ha contestado a mi pregunta: ¿Qué hará con él? Puesto que quiere prescindir de sus servicios, ¿por qué no me lo deja a mí? ¿Por qué no me lo regala? ¡Entonces vería hasta qué extremo soy capaz de rebajarlo!

—¡Oh, cállate! ¡Nunca te hubiera creído tan perversa!

—¡Señora, no le sienta bien decir eso! Hace días, leía sus pensamientos en sus ojos. Veía el reflejo de una tentación muy precisa que no quiero nombrar para no molestarla. Y, hoy, quiere dar marcha atrás, quiere velarse la cara. ¡Usted ha lanzado a una especie de aventura disimulada, secreta, realmente apasionante, en la que me comprometió para que la secundaria, y, ahora, pretende dejarlo correr! ¡No es consecuente

consigo misma!

»¿Qué va a hacer? ¡Cásese con él si no quiere que la deje! ¡Al menos tendrá la ventaja de estar bien domesticado! Le confieso que la cosa tendría su encanto. Usted ya tiene en el bolsillo el contrato matrimonial que firmaban los antiguos egipcios, y por el cual se comprometían a obedecer fielmente a su esposa.

—Veo que sabes sacar provecho de lo poco que lees. Me avergüenzas, Lina; eres peor que el demonio. ¡Pero ya estoy harta de tus insolencias; si no te callas, te despido!

—¡Usted me eligió demasiado bien! Écheme si quiere, pero, antes, escúcheme todavía un segundo. Su esclavo le molesta; quiere librarse de él. Esto tiene arreglo, pues se lo envidian.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Si se lo envidian, es, por otro lado, por culpa suya, puesto que no fue capaz de guardar el secreto. Lo fastidioso es que corre el peligro de hacerse público. Es muy bonito tener escrúpulos, una vez que se ha despertado la curiosidad de los demás... Ponerse el capirote medieval, jugar a la Dama del Unicornio, enseñar a unos pocos íntimos a un paje sumiso y diligente, oh, comprendo muy bien que todo eso le resultaba muy halagador, pero su pequeño espectáculo de máscaras puede terminar costándole caro.

—Estoy de acuerdo. Me da rabia haber cometido tamaña imprudencia. Pero es una buena razón de más para escuchar la voz de la prudencia. Pienso dejar esta casa, esta región...

—Permítame continuar, señora. ¿Sabe usted quién se lo envidia más, aunque nunca lo haya visto? La dueña del castillo de Gurut, no estoy muy segura si es señora o señorita Kleber.

—¡Esa histérica, esa aventurera depravada!

—Sí, puede creerme, lo sé de buena tinta.

Estoy convencida de que se lo compraría.

—¡Lina, estás loca!

—¿Por qué no venderlo? ¡Con toda seguridad sacaría un buen precio! Eso aligeraría su presupuesto. La pretendida baronesa se muere de ganas de tenerlo. ¿No le parece una idea extraordinaria? ¿No le parece que sería una manera genial, inolvidable de terminar su aventura? En lugar de liberarlo, de renunciar a sus derechos como usted quiere hacerlo, se desharía de él de una manera elegante, como una verdadera ama, como una soberana. Si está de acuerdo, yo misma me encargaré de las negociaciones.

Los ojos de Matilde brillaban. No podía resistir al placer de imaginar semejante escena, de anticiparse mentalmente a la concreción de tan audaz y diabólica sugerencia.

Ni ella ni Matilde podían sospechar que Luc había sorprendido su conversación y escuchado el estremecedor final.

14

—¡Vamos —ordena Matilde—, date otra vuelta!

Y la mujer lo examina de frente, de perfil, de espalda, como se sopesa y se da vueltas a un objeto de porcelana.

Es a ti, es a ti al que se vende, al que se trueca y con el que se comercia. Te resistes, te obstinas en negar la evidencia, en aceptarla. Y sin embargo, no es más que la fría verdad.

¿Es posible que hayas querido mostrarte a mí hermosa como un desafío, vestida como si fueras a tu apogeo, a tu apoteosis? ¿Qué hayas querido dejarme el venenoso recuerdo del vertiginoso pétalo de tu vestido? De tus senos, semejantes a dos trofeos, de la cuna cavada entre ellos donde, con toda la precaución de un beso, su seda cremosa reproduce la blanca caída de una conchesta. ¡Es demasiado, Matilde! Mira ese nacarado, ese plateado brillante y dulce de la seda. El altar de su superficie, receptáculo hecho para recibir y domesticar la luz. Por él circula y patina, sigue todas sus curvaturas. Por él chorrea. En él se deleita y, ya no puede escaparse.

Y así, envuelta en ese indecente resplandor, que baila a tu alrededor como una pechera de luz, has venido a buscarme. Y has atado mis manos. ¿Para qué? ¿Para traspasarme?

¿Por qué dudarlo? Dentro de unos minutos, me convertiré en la propiedad de esa mujer que está

ahí, delante de mí. Vestida de amazona. Morena, de una belleza áspera y vulgar, sensual. Al menos, ella no pierde su tiempo. Ya lleva el látigo en la mano.

La suerte está echada. ¿Qué hacer sino dejar que las cosas se resuelvan por sí solas, como si no se tratara de uno, como si uno no fuera el objeto del trueque?

—Está bien —dice la mujer—, trato hecho. Me lo llevo en seguida.

Y, tras depositar un sobre en la mesa, le coloca en el cuello un collar con una placa que lleva sus iniciales.

—¿Estará bien adiestrado, no?

Matilde palidece:

—Usted misma lo comprobará. —Y después de una pausa—: ¡Pero no lo trate con demasiada crueldad!

—No se preocupe, lo cuidaré. Quiero que me dure, no lo compré por una semana. ¿Y el forraje, qué?

—...

—¿No tiene con qué envolverlo? ¿No? Bueno, no importa.

Matilde ha dado media vuelta.

Esta vez, Luc será esclavo de un cuerpo. Nada más que de un cuerpo. De un cuerpo y de su lujuria. Había terminado la esclavitud por diversión, consentida por anticipado, dorada. Ahora, caía en la más abyecta de las degradaciones. ¿Será de su gusto esta vez?

«Matilde, ¿cómo pudiste cometer semejante crimen?». Mientras la tenía delante, no lo había creído.

—¡Vamos, date prisa, perro! Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Y la mujer empuja ante ella a Luc, confundido, con su amor propio guillotinado, retorcido por el

odio. Atraviesan la puerta del vestíbulo.

Ella hunde su bota en un charco de barro.

—Veremos si te portas tan bien como lo pretende tu exdueña. Lámemme esa bota. Vamos, rápido, más rápido —y el látigo cruza el rostro de Luc.

Luc se despierta de bruces en el barro, con la bota aplastándole la nuca. Abre los ojos. De la habitación contigua, le llega la voz de Matilde, ese instrumento preciso y maleable, de inimitables inflexiones, piloteado con consumada habilidad, que acaba de horadar el tumor de su pesadilla, y que, mucho más que un perfume, ya es toda su presencia.

El mar

15

Luc está en el coche con Matilde, como hace un mes. Su traje, verde y violeta, tiene esa riqueza oscura, esa frescura y a la vez ese destello y ese calor apagados del tejido escocés; profunda como un matorral, como un denso bosque lleno de hierbas, de tierra y de hojas, como la superficie contrastada, verde y azul, del océano. Debajo de la chaqueta, el yacimiento de dulzura y vitalidad de su pecho aflora en forma de dos bultos redondeados. Un pañuelo de seda envuelve su garganta. Sus ojos no dejan de mirar la carretera. Viajan sin equipaje. ¿Por qué nueva fantasía le ha dado? ¿Adónde van?

Se acercan al mar. Es de noche. Dejan el asfalto de la carretera. Los faros iluminan un camino sinuoso, incierto, que las lluvias del invierno sembraron de charcos. Luc se acuerda de un sueño, un sueño hecho de luz y armonía, deslumbrado por la luz de la mañana:

Vela sobre el sueño pesado de la tierra, sobre la adormecida pradera de pies húmedos. El viento acuna su sueño y largos escalofríos la recorren. Ella sueña. La música que fluye a través de los tallos sale de su sueño.

¿Quién de los dos sueña, ella o él? ¿O es acaso él su sueño? Ya no sabe si no hace más que cantar al mundo, o si es el mundo el que canta a través de él. El canto que se ha adueñado de sus labios parece una voluntad cuyo origen estuviera en las

cosas.

Él es el dios, el mago de ese mundo, meditando sobre él, su mirada perdida en él.

El sueño eterno impera en el espacio. Su sangre reencuentra la sangre de la tierra, la tierra ha hundido sus raíces.

... ¡La Orilla! ¡Ese mar en movimiento, esa hinchazón del mar que canta, ese animal sonoro, el enorme peso de su agua que vive!

¡Alegría! El hombre se siente unido a la creación; está enamorado de las cosas; su pensamiento no es sino su efusión. Este se propaga por el mundo, fluye con el agua de las olas, como el sol, se iguala a su infinito. Su alegría corre entre las olas; el flujo de su vida, con la poderosa ondulación y el estallido de las olas en la playa.

¡Asalto milenario, inmemorial de las olas!

Solas, se empujaban hacia la orilla. El hombre ha germinado en la tierra, en la arena, ha crecido al borde de las olas, ¡y ahora sus olas apresuradas, apretadas, van a cubrir por el mundo entero y se lanzan al asalto del universo!

¡Pensamiento del hombre! Lirismo injertado en la noche, bebiéndola. Canto escapado de la materia, salido de los poros de su superficie, ¡cómo una llama! ¡Antorcha arrojada a través del misterio!

* * *

Al otro lado de la duna, Matilde detiene el coche. Baja.

—¡Ven a tomar un poco de aire —le dijo—, ven, lebre!l, ven!, —y coge la corta cadena que ata las manos de Luc.

El cielo está bajo. Casi no se ven estrellas. No hay más que el frío viril, con toda su crudeza, para recordar al hombre su desnudez en el universo; y

también ese silencio que es el único en colmar el movimiento laborioso e inquisidor del mar y en el que suenan y se entrechocan los aros que Matilde lleva en su muñeca, alusión a la antigua domesticidad de la mujer, hoy simple, liviano y provocante adorno, tintineando como un cascabel.

Bajan la duna. Están en la playa, sobre la arena húmeda, en presencia del océano, de su agua enigmática y fraternal.

Esfinge nocturna y bohemia, el mar juega, retoza en la oscuridad. Se arroja hacia delante, la cabeza baja, para dejarse caer bruscamente hacia atrás con toda su masa. Vuelve a caer, hecho una última película de agua, se despliega, rueda todo lo lejos que puede, estira la lengua, viene a lamer la arena con su clara saliva y adularla.

Aquí y allá, porque sí, arrebatos, estremecimientos que rizan su espuma, lo recorren, nacen de pronto, alteran su ritmo. Piafa. Se zambulle. Flexible lomo de escualo. Viene hacia uno con toda su altura, impulsivo y loco, caprichoso, apura su equilibrio, inclinado hacia atrás, con las fauces abiertas, a punto de volver a cerrar su voluta, tardando en hacerlo, y, repentinamente, aceptando abandonarse para volver a curvarse como un gato, realiza con una irreprochable y magistral pirueta su saludo portentoso, y se derrumba.

¡Explosión de alegría de la espuma! Inmensa diversión difusa en la noche. Fastuosidad. Lluvia de perlas.

Franja blanca, sonrisa extrema de las profundidades donde toda luz y toda inteligencia se pierden. Consentimiento a la vida aérea por encima del silencio y de la calma sin nombre. Capricho de las profundidades, coquetería otorgada al hombre.

Ese juego, ese resoplido en la superficie, es la

manifestación sencilla, el único signo de lo desconocido rondando el umbral de nuestra puerta. Tránsito del balanceo cósmico sorprendido a la obra. De la jornada eterna, del empleo del tiempo minuciosamente relleno, del deber escrupulosamente cumplido, incansablemente retomado por el mar.

Luc, absorbido en su contemplación, no sintió siquiera los labios de Matilde en los suyos.

Notas

[1] Monjes que, en ciertas comunidades religiosas de la antigua Rusia, eran elegidos personalmente como directores de conciencia, de manera que se les confería una autoridad moral absoluta. Nadie tenía derecho a desligarse del voto de obediencia que se les había hecho. < <



epublibre.org